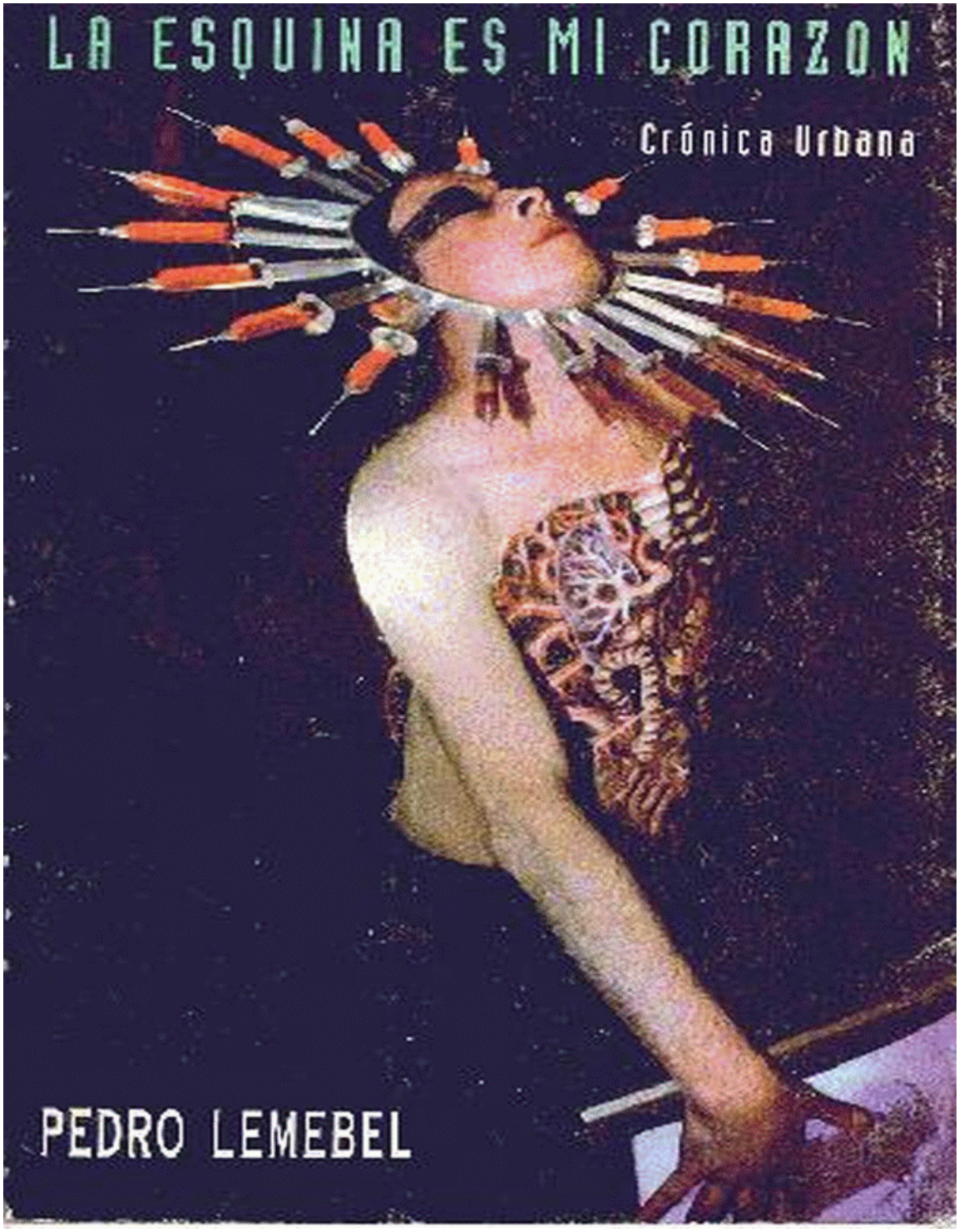
La esquina es mi corazón
Pedro Lemebel



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

"Errar es un sumergimiento en los olores y los sabores, en las sensaciones de la ciudad. El cuerpo que yerra 'conoce' en/con su desplazamiento."
Néstor Perlongher

Lemebel, Pedro, *La esquina es mi corazón*, Chile, Seix Barral, 2004

Carlos Monsiváis

PEDRO LEMEBEL: EL AMARGO, RELAMIDO Y BRILLANTE FRENESÍ

Pedro Lemebel es un fenómeno de la literatura latinoamericana de este tiempo. Uso el término *fenómeno* en su doble acepción: es un escritor original y un prosista notable y, para sus lectores, es un *freak,* alguien que llama la atención desde el aspecto y rechaza la normalización ofrecida. Un escritor y un freak, indisolublemente unidos, los que están fuera, en la desolación y la energía de los qué sólo se integran *a su modo,* en los márgenes que ya no tienen el peso arrasador de antaño. (Si algo, la obra de Lemebel es un rechazo del determinismo homófobo). A Lemebel le ponen sitio las miradas (las lecturas) de la admiración, el morbo, el regocijo de "los turistas de lo inconveniente", la extrañeza, la solidaridad, la normalidad de los que están al tanto de la globalización cultural, ésa que para los gays se inició dramáticamente con los juicios de Osear Wilde en 1895 y jubilosa y organizativamente con la revuelta de Stonewall en 1969.

Desde que se dio a conocer dentro y fuera de Chile con sus textos y las performances de las Yeguas del Apocalipsis, Lemebel se ha mostrado irreductible. ¿Qué le pueden argumentar de nuevo, qué le pueden decir

que de él no se haya dicho? ¿Cómo sorprender al que ha examinado con metáforas y "descaro" a una sociedad que solo admitió la diversidad al sometérsele a la peor uniformidad? Al incapaz de engaño no se le vence con injurias y menos aún con expulsiones del Sancta Sanctorum de la decencia, que para Lemebel nada más es una institución patética del autoengaño. Muy probablemente diría: si creen que despreciando a los diferentes mejoran sus vidas, muy su gusto, si creen que marginando a los que no son como ustedes se incluyen en la primera fila, muy su ilusión. Él responde a los criterios estéticos y los comportamientos legales y legítimos de las minorías latinoamericanas emergentes que al ejercer sus derechos (civiles, humanos, sexuales), revisan de paso las prácticas y el sentido de la opresión y van a fondo: sólo secundariamente se les reprime por ser distintos; en primerísimo lugar se les acosa, maltrata, humilla e incluso asesina para que los verdugos conozcan la triste fábula de su importancia. (La crónica de Lemebel sobre el incendio criminal de la discoteca en Valparaíso es excelente).

Nuevos criterios estéticos... Pienso ahora entre otros en el argentino Néstor Perlongher, el mexicano Joaquín Hurtado, y un tanto más a distancia los cubanos Severo Sarduy y Reinaldo Arenas y el argentino Manuel Puig. Se trata de una literatura de la ira reivindicatoria (Perlongher, Arenas, Hurtado), de la experimentación radical (Sarduy), de la incorporación festiva y victoriosa de la sensibilidad proscrita (Puig). En todos ellos lo gay no es la identidad artística, sino la actitud que, al abordar con valor, insistencia y calidad un tema, se deja ver como el movimiento de las conciencias que por valores compartidos y acumulación de obras dibuja una tendencia cultural. No hay literatura gay, sino una sensibilidad proscrita que ha de persistir mientras continúe la homofobia, y estos autores al asumir con talento y vehemencia sus voces únicas, le añaden una dimensión cultural y social a la América Latina.

Un poeta muy apreciado por Lemebel, Néstor Perlongher, describe el ghetto:

> Novedades de noche: satín terciopelo, modelando con flecos la moldura del anca, flatulencia de flujo, oscuro brillo. Resplandor respingado, caracoles de nylon que le esmaltaban de lamé el flaco de las orlas... Perdida en burlas, de macramé, lo que pendía en esas naderías, ruleros colibrí, lábil orzuelo, era el revuelvo de un codazo artero, en las calcomanías del satín, comido (masticación de ilutes, de bollidos). En *Poemas completos,* Seix Barral, 1997.

Estas mismas atmósferas lezamianas, transmitidas por Lemebel, son algo similar y muy opuesto. En Lemebel, la intencionalidad barroca es menos drástica, menos enamorada de sus propios laberintos, igualmente vitriólica y compleja, igualmente abominadora del vacío, pero menos centrada en el deslumbramiento del vocabulario que es la forma exhaustivo. Así, Lemebel describe la intromisión del ghetto en la ciudad,

las reverberaciones de lo prohibido en lo permitido exactamente en momento en que los absolutos se desintegran:

> La calle sudaca y sus relumbros arribistas de neón neoyorquino se hermana en la fiebre homoerótica que en su zigzagueo voluptuoso replantea el destino de su continuo güeviar. La mancada gitanea la vereda y deviene gesto, deviene beso, deviene ave, aletear de pestaña, ojeada nerviosa por el causeo de cuerpos masculinos, expuestos, marmoleados por la rigidez del sexo en la mezclilla que contiene sus presas. La ciudad, si no existe, la inventa el bambolear homosexuado que en el flirteo del amor erecto amapola su vicio. El plano de la city puede ser su página, su bitácora ardiente que en el callejear acezante se hace texto, testimonio documental, apunte iletrado que el tráfago consume. (De *Loco afán*)

En cada uno de sus textos, Lemebel se arriesga en el filo de la navaja entre el exceso gratuito y la cursilería y la genuina prosa poética y el exceso necesario. Sale indemne porque su oído literario de primer orden, y porque su barroquismo, como en otro orden de cosas el de Perlongher, se desprende orgánicamente del punto de vista *otro,* de la sensibilidad que atestigua las realidades sobre las que no le habían permitido opiniones o juicios. Esto es parte de lo que significa *salir del clóset,* asumir la condena que las palabras encierran (maricón, puto, pájaro, carne de sidario) e ir a su encuentro para desactivarlas, proclamar "las verdades de un amor verdadero" y, por si hiciera falta, probar lo fundamental: la carga exterminadora de las voces de la homofobia es la síntesis de la metamorfosis incesante: el dogma religioso se vuelve el prejuicio familiar y personal, el prejuicio se convierte en plataforma de la superioridad instantánea, la jactancia de ser más hombre (más ser humano, si queremos incluir la homofobia de las mujeres) deviene las sentencias prácticas y verbales que se abaten contra los que ni siquiera hablan desde el género debido.

Antes de señalar la militancia ostensible de la literatura de Lemebel, me detiene la reflexión de siempre: ¿se puede ser escritor y militante? En el caso de Lemebel la respuesta viene del hecho prosístico: su militancia es indistinguible de la forma en que la expresa, no sólo es "comer rabia para no matar a todo el mundo", sino escuchar lo que él mismo va escribiendo, captar las melodías verbales con gran cuidado y cerciorarse de la relación profunda entre las ideas y las palabras que las describen con exactitud, entre las ideas y la libertad del cuerpo en el acto sexual, en las fiestas del deseo y el látex, de los baños de vapor y los registros sensibles de la oscuridad.

En *Incontables, La esquina es mi corazón, De perlas y cicatrices* y *Loco afán,* Pedro Lemebel expresa, en la forma inaugural de la tendencia a la que pertenece, lo que vive, lo que ve, lo que siente. A lo largo de la dictadura chilena, Lemebel mantuvo la mayor coherencia: fue exactamente

como era, le añadió libertades a la comunidad con el solo recurso de ejercerlas. En su texto clásico "Manifiesto (Hablo por mi diferencia)" de septiembre de 1986, leído en un acto de izquierda en Santiago de Chile, Lemebel es muy claro:

> Mi hombría no la recibí del partido
> Porque me rechazaron con risitas
> Muchas veces
> Mi hombría la aprendí participando
> En la dura de esos años
> Y se rieron de mi voz amariconada
> Gritando: *Y va a caer, y va a caer.*

"Mi hombría es aceptarme diferente". Como por vez primera, Lemebel abandona *el clóset* (ese miedo a ser descubierto por los que de cualquier manera ya lo saben, ese continuo ajustarse a las posibilidades de resistencia, que cambian en cada persona) en la etapa marcada por el sida, en los años en que el VIH se revela como la gran prisión de la conducta, el despobladero de amigos, y conocidos (y de los desconocidos que la solidaridad convierte en amigos íntimos). La paga del deseo es muerte. Como muchos otros escritores, como Paul Monette, el Severo Sarduy de *Pájaros en la playa,* y el Reinaldo Arenas de *Antes que anochezca,* Lemebel ve en el sida la formación de la mirada esencial de la especie condenada. Luego del sida, no se vivirá como *antes,* porque el Antes, normado por la indiferencia o la inconciencia equivale a la pérdida de los sentidos. En su recreación del mundo del VIH, Lemebel se adentra en las crónicas modernistas y posmodernistas como un Julián del Casal o un Amado Nervo o un Enrique Gómez Carrillo que un siglo después, todavía atenido al culto de la prosodia y de la escritura cuidada y acicalada, está dispuesto a llamar las cosas por su nombre. Y desde esa conciencia del tema, de los condones como regalo de cumpleaños, y del velorio que hay en todo carnaval (y a la inversa), Lemebel se adentra en los delirios del sida, la enfermedad que ha convocado el prejuicio y la madurez social como ningún otro. El punto de partida de Lemebel es el lenguaje autodenigratorio que le va representando al lector un espejo de restauraciones (Un marica resulta con frecuencia un ser épico, un enfermo de sida puede ser la metáfora hermosa de la devastación y la dignidad), Lemebel cuenta historias funerarias. Así, en uno de sus homenajes a los derruidos por la pandemia, "El último beso de Loba Lamar (Crespones de seda en mi despedida... por favor)", Lemebel regala la apariencia ruinosa y la presenta transfigurada.

> Para nosotros, las locas que compartíamos la pieza, la Loba tenía pacto con Satanás. ¿Cómo va a durar tanto? ¡Cómo se ve bonita a pesar de que se deshoja de costras! ¿Cómo, cómo, cómo? Sin AZT, a puro pulso la linda, a puro ánimo la cola resiste tanto. Era el sol, el buen tiempo, el calor...

Ir a fondo en la denigración de sí, verse en los términos que los demás utilizan. A partir de ese desafío, que *La esquina es mi corazón* inicia de modo deslumbrante, Lemebel acomoda sus jerarquías (los ejercicios de crítica y sinceridad a los que ajustar su visión del mundo), donde la franqueza sólo tiene sentido si el autor no contemporiza consigo mismo, y la hipocresía es siempre un daño moral y escritural. En la América Latina globalizada hasta donde es posible, los marginados, aisladamente o en conjunto trazan otro mapa de lo real, ni opuesto ni complementario que surge del nuevo gran proyecto: la unidad de lo diverso.

De Augusto D'Halmar a Salvador Novo, de César Moro a Xavier Villaurrutia, de Adolfo Caminho a Manuel Mujica Láinez, de José Lezama Lima a Virgilio Piñera, de Gastón Baquero a Elias Nandino, de Antón Arrufat a Luis Zapata, la literatura con temas y subtemas homofílicos se presenta como la heteredoxia sin moralejas. En esa movilización, con tanta frecuencia influida por el barroco, Pedro Lemebel es una de las voces más poderosas y menos sujetas a las disipaciones de la moda.

ANACONDAS EN EL PARQUE

A pesar del relámpago modernista que rasga la intimidad de los parques con su halógeno delator, que convierte la clorofila del pasto en oleaje de plush rasurado por el afeite municipal. Metros y metros de un Forestal "verde que te quiero" en orden, simulando un Versalles criollo como escenografía para el ocio democrático. Más bien una vitrina de parque como paisajismo japonés, donde la maleza se somete a la peluquería bonsái del corte- milico. Donde las cámaras de filmación, que soñara el alcalde, estrujan la saliva de los besos en la química prejuiciosa del control urbano. Cámaras de vigilancia para idealizar un bello parque al óleo, con niños de trenzas rubias al viento de los columpios. Focos y lentes camuflados en la flor del ojal edilicio, para controlar la demencia senil que babea los escaños. Ancianos de mirada azulosa con perros poodles recortados por la misma mano que tijeretea los cipreses.

Aun así, con todo este aparataje de vigilancia, más allá del atardecer bronceado por el esmog de la urbe. Cuando cae la sombra lejos del radio fichado por los faroles. Apenas tocando la basta mojada de la espesura, se asoma la punta de un pie que agarrotado hinca las uñas en la tierra. Un pie que perdió su zapatilla en la horcajada del sexo apurado, por la paranoia del espacio público. Extremidades enlazadas de piernas en arco y labios de papel secante que susurran "no tan fuerte, duele, despacito, cuidado que viene gente".

Por el camino se acercan parejas de la mano que pasan anudando azahares por la senda iluminada de la legalidad. Futuras nupcias, que fingen no ver el amancebamiento de culebras que se frotan en el pasto. Que comentan en voz baja "eran dos hombres, ¿te fijaste?". Y siguen caminando pensando en sus futuros hijos hombres, en prevenirlos de los parques, de esos tipos solos que caminan en la noche y observan a las parejas detrás de las matas. Como ese voyerista que los miraba a ellos mismos hace un rato. Los miraba hacer el amor en la dulzura del parque, porque no tuvieron plata para el motel, pero gozaron como nunca en esa intemperie verde, con ese espectador que no pudo aplaudir porque tenía las manos ocupadas, corriéndosela a todo vapor, moqueando un "ay, que me voy, por favor espérense un poquito". Entonces ella le dijo a él "sabes que no puedo si alguien está mirando". Pero a esas alturas el "no puedo"

fue un quejido silenciado por la fiebre y el "alguien está mirando" un condimento de ojos egipcios nadando entre las hojas. Un vahído abismal que engendró pupilas de bronce, en el par de ojos que le brotaron a su embarazo. Y cuando el péndex cumplió quince años, ella no le dijo "cuidado con los parques", porque supo que el dorado de esos ojos eran hojas sedientas de parque. Por eso calló la advertencia. El "cuidado con los parques" podía ser una sinopsis de gasa verde, un descorrer apresurado la cortina de su joven prepucio. Un lanzarlo a recorrer el maicillo como áspid en celo, haciéndose el leso, que prende un cigarro para que el hombre que lo sigue le pida fuego y le pregunte "¿en qué andas?". Y sin esperar respuesta lo empuje suavemente detrás de las matas. Y ahí, en plena humedad, le encienda la selva rizada del pubis, chupándole con lengua de lagarto sus cojones de menta. Elevando ese beso de fuego hasta la cumbre de su pecíolo selenita. Y mientras la cinta de autos y micros corre por la costanera, el chico se entrega al marasmo de sus quince años de papel que naufragan como barcos en la sábana empapada del césped. Y no importa que el crujido de las ramas le diga que alguien lo está mirando, porque él sabe cómo cuesta ver una película porno en este país; él también ha mirado y conoce el mecanismo de apartar las ramas para involucrarse en la trinidad incestuosa de los parques.

Quizás mirar es ser cómplice de un asesinato, estrangulando la víctima en el muñeco vudú que derrama su ponzoña de crótalo entre los dedos. La misma escena que se mira es repetida por el vidriado iris en el calco del glande, como una repartija generosa para el hambre de quien observa. Por eso la humedad del parque funde al péndex en un anonimato perverso. Por eso cada noche cruza el enramaje de sus plumas y no le importa coagularse con otros hombres, que serpentean los senderos como anacondas perdidas, como serpientes de cabezas rojas que se reconocen por el semáforo urgido de sus rubíes.

Obreros, empleados, escolares o seminaristas, se transforman en ofidios que abandonan la piel seca de los uniformes, para tribalizar el deseo en un devenir opaco de cascabeles. Algo abyecto en sus ojos fijos pareciera acumular un Sahara, un Atacama, un salar salitrero de polvo que sisea en el tridente reseco de sus lenguas. Apenas una hebra plateada desfleca los labios en garúa seminal, baba que conduce al corazón madriguera del nido encintado en papel higiénico, que absorbe su lagrimeo. Nidos para empollar condones que recolectan en los prados como niños envueltos en polietileno, para fermentar al sol en el abono azafrán de las magnolias.

Los parques de noche florecen en rocío de perlas solitarias, en lluvia de arroz que derraman los círculos de manuelas, como ecología pasional que circunda a la pareja. Masturbaciones colectivas reciclan en maniobras desesperadas los juegos de infancia; el tobogán, el columpio, el balancín, la escondida apenumbrada en cofradías de hombres, que con el timón enhiesto, se aglutinan por la sumatoria de sus cartílagos. Así pene a

mano, mano a mano y pene ajeno, forman una rueda que colectiviza el gesto negado en un carrusel de manoseos, en un "corre que te pillo" de toqueteo y agarrón. Una danza tribal donde cada quien engancha su carro en el expreso de la medianoche, enrielando la cuncuna que toma su forma en el penetrar y ser penetrado bajo el follaje turbio de los acacios. Un rito ancestral en ronda lechosa espejea la luna llena, la rebota en centrífugas voyeurs más tímidas, que palpitan en la taquicardia de la manopla entre los yuyos. Noche de ronda que ronda lunática y se corta como un collar lácteo al silbato policíaco. Al lampareo púrpura de la sirena que fragmenta nalgas y escrotos, sangrando la fiesta con su parpadeo estroboscópico. A lumazo limpio arremete la ley en los timbales huecos de las espaldas, al ritmo safari de su falo-carga poderosa. Entre el apaleo tratan de correr pero caen al suelo engrillados por los pantalones, cubriéndose con las manos los gladiolos sexuales, aún tibios y deshojados por la sorpresa. Pero las linternas revuelven la maleza y latigan sus lomos camuflados en el terciopelo frío de las violetas. El péndex primerizo temblando bajo las matas de hortensias se sube el cierre del jean que le muerde la pelvis (llegando a su casa se cambiará los slips). Alguien en un intento desesperado zigzaguea los autos de la costanera y alcanza el puente perseguido por los disparos. En un salto suicida vuela sobre las barandas y cae al río siendo tragado por las aguas. El cadáver aparece días después ovillado de mugres en la ribera del Parque de los Reyes. La foto del diario lo muestra como un pellejo de reptil abandonado entre las piedras. Aun así, los parques de Santiago siguen fermentando como zonas de esparcimiento planificadas por la poda del deseo ciudadano. Los parques son lugares donde se hace cada vez más difícil deslizar un manoseo, como acoplamiento de los sujetos, que sujetos a la mirada del ojo público, buscan el lamido de la oscuridad para regenerar el contacto humano.

LA ESQUINA ES MI CORAZÓN *(o los New Kids del bloque)*

Dedicado a los chicos del bloque, desaguando la borrachera en la misma escala donde sus padres beatlemaníacos me hicieron a lo perrito; inyectándome entonces el borde plateado de la orina que baja desnuda los peldaños hasta aposentarse en una estrella humeante. Yo me fumo esos vapores en un suspiro de amor por su exilio rebelde. Un brindis de yodo por su imaginario corroído por la droga. En fin, son tan jóvenes, expuestos y dispuestos a las acrobacias de su trapecio proletario. Un pasar trashumante de suelas mal pegadas por el neoprén que gotea mortífero las membranas cerebrales, abriendo agujeros negros como ventanas enlutadas o pozos ciegos donde perderse para avizorar apenas la ampolleta del poste. Tantas veces quebrada, tantas veces repuesta y vuelta a romper, como una forma de anular su halógeno fichaje. De retornar a la oscuridad protectora de los apagones, transformando el entorno conocido en selvática de escamoteo. Un pantanoso anonimato que perfila las caras

adolescentes en luciérnagas de puchos girando en el perímetro del farol apagado, como territorio de acechanzas.

La esquina de la "pobla" es un corazón donde apoyar la oreja, escuchando la música timbalera que convoca al viernes o sábado, da lo mismo; total, aquí el tiempo demarca la fatiga en las grietas y surcos mal parchados que dejó en su estremecimiento el terremoto. Aquí el tiempo se descuelga en manchas de humedad que velan los rostros refractados de ventana a ventana, de cuenca a cuenca, como si el mirar perdiera toda autonomía en la repetición del gesto amurallado. Aquí los días se arrastran por escaleras y pasillos que trapean las mujeres de manos tajeadas por el cloro, comentando la última historia de los locos.

La esquina de los bloques es el epicentro de vidas apenas asoleadas, medio asomándose al mundo para casetear el personal estéreo amarrado con elástico. Un marcapasos en el pecho para no escuchar la bulla, para no deprimirse con la risa del teclado presidencial hablando de los jóvenes y su futuro.

El pérsonal estéreo es un pasaporte en el itinerario de la *coña*, un viaje intercontinental embotellado en la de pisco para dormirse raja con el coro de voces yanquis que prometen "dis-nai" o "esta noche". Como si ésta fuera la última de ver los calzones de la vieja flameando en la baranda, la última del vecino roncando a través de la pared de yeso. De esta utilería divisoria que inventó la arquitectura popular como soporte precario de intimidad, donde los resuellos conyugales y las flatulencias del cuerpo se permean de lo privado a lo público. Como una sola resonancia, como una campana que tañe neurótica los gritos de madre, los pujos del abuelo, el llanto de los crios ensopados en mierda. Una bolsa cúbica que pulsa su hacinamiento ruidoso donde nadie puede estar solo, porque el habitante en tal desquicio, opta por hundirse en el caldo promiscuo del colectivo, anulándose para no sucumbir, estrechando sus deseos en las piezas minúsculas. Apenas un par de metros en que todo desplazamiento provoca fricciones, roces de convivencia. Donde cualquier movimiento brusco lija una chispa que estalla en trapos al sol, en plata que falta para izar la bandera del puchero. Y el New Kid vago todavía durmiendo, hamacado en embriaguez por los muslos de Madonna, descolgándose apenas a los gritos que le taladran la cabeza, que le echan abajo la puerta con un "levántate, mierda, que son las doce". Como si esa hora del día fuese un referente laboral de trabajo instantáneo, una medida burguesa de producción para esforzados que para entonces ya tienen medio día ganado, después de hacer footing, pasear al perro y teclear en la computadora la economía mezquina de sus vidas. Para después jactarse del lumbago, como condecoración al oficio de los ríñones.

Cómo transar el lunar azul de Madonna por el grano peludo de la secretaria vieja que te manda donde se le ocurre, porque uno es el junior y tiene que bajar la vista humillado. Cómo cambiar el tecleo de esta vieja por la súper música de los New Kids para desmayarte muy adentro y

chupárselo todo, fumarse hasta las uñas y a lo que venga, mina, fleto, maricón, lo que sea, reventarse de gusto, ¿cachái?

Siempre que no pongan al Jim Morrison porque me acuerdo del loco chico, que se quedó entumido en la escala cuando nevó y lo encontraron tal cual. Entonces lloraron varios y otros le llevaron ramos de cogollos que después se los fumaron ahí mismo. Total, decían, la yerba alivia la pena y el peso del barro en los zapatos. Más bien en las zapatillas Adidas que le pelamos a un loquillo pulento que vino a mover. Era broca y se quedó tieso cuando le pusimos la punta y le dijimos "coopera con las zapatillas, loco", y después con los bluyines y la camisa. Y de puro buenos no le pusimos el ñato, porque estaba tiritando. Y aunque era paltón nos dio lástima y le contamos hasta diez, igual como nos contaban los pacos, igual se la hicimos al loco, porque aquí la ley somos nosotros, es nuestro territorio, aunque las viejas reclaman y mojan la escala para que no nos sentemos. Entonces nos vamos a los bloques de atrás y se queda la esquina sola porque andan los civiles y empiezan las carreras y los lumazos, hasta se meten en los departamentos y nos arrastran hasta la cuneta y después al calobozo. Y aunque estemos limpios igual te cargan y la vieja tiene que conseguirse la plata de la multa y le prometo que nunca más, que voy a trabajar, que voy a ganar mucha plata para que nos vayamos del bloque. Porque vive con el corazón en la mano cuando no llego. Y aunque le digo que se quede tranquila, ya no me cree y me sigue gritando que son las doce, que me levante, cuando para mí las únicas doce son las de la noche, cuando me espera el carrete del viernes o sábado, para morirme un día de estos de puro vivo que estoy.

Muchos cuerpos de estos benjamines poblacionales se van almacenando semana a semana en los nichos del cementerio. Y de la misma forma se repite más allá de la muerte la estantería cementarla del hábitat de la pobreza.

Pareciera que dicho urbanismo de cajoneras, fue planificado para acentuar por acumulación humana el desquicio de la vida, de por sí violenta, de los marginados en la repartición del espacio urbano.

Pareciera entonces que cada nacimiento en uno de estos bloques, cada pañal ondulante que presupone una nueva vida, estuviera manchado por un trágico devenir. Parecieran inútiles los detergentes y su alba propaganda feliz, inútil el refregado, inútiles los sueños profesionales o universitarios para estos péndex de última fila. Olvidados por los profesores en las corporaciones municipales, que demarcan una educación clasista, de acuerdo a la comuna y al estatus de sus habitantes. Herencia neoliberal o futuro despegue capitalista en la economía de esta "demos-gracia". Un futuro inalcanzable para estos chicos, un chiste cruel de la candidatura, la traición de la patria libre. Salvándose de la botas para terminar charqueados en la misma carroña, en el mismo estropajo que los vio nacer. Qué horizonte para este estrato juvenil que se jugó sus mejores años. Por cierto irrecuperables, por cierto hacinados en el lumperío

crepuscular del modernismo. Distantes a años luz, de las mensualidades millonarias que le pagan los ricos a sus retoños en los institutos privados.

Por cierto, carne de cañón en el tráfico de las grandes políticas. Oscurecidos para violar, robar, colgar, si ya no se tiene nada que perder y cualquier día lo encontrarán con el costillar al aire. Por cierto, entendibles tácticas de vietnamización para sobrevivir en esta Edad Media. Otra forma de contención al atropello legal y a la burla política. Nublado futuro para estos chicos expuestos al crimen, como desecho sudamericano que no alcanzó a tener un pasar digno. Irremediablemente perdidos en el itinerario apocalíptico de los bloques... navegando calmos, por el deterioro de la utopía social.

LA BABILONIA DE HORCÓN

Mientras intentó configurar su cuerpo en los jirones de luces a manotazos que la desnudan, girando bamboleira en la disco Gloria de Horcón. Donde tantas veces el dueño la sacó a punta de bota texana por espantarle la clientela con los escándalos. La Babilonia otra vez empelotándose, otra vez en cueros sobre la pasarela de la barra, casi incidental. Como si el deslizarse de la falda o el paracaídas del sostén fuera un placer privado, un blando retorno a esa gruta de virgen tercermundista. Creyéndose la Venus de Botticelli entre las conchas de mariscos que le arrojan los pescadores para que se alimente. Caminando entre los autos vestida sólo con una copa en la mano, justo al ocaso de la tarde, cuando la comunidad política que se compró casa en Cau-Cau saca a pasear el perro. La familia política que comenta los últimos virajes de las presidenciales, mientras acarrean sacos de machas y limones a los autos japoneses. Las señoras políticas que hacen sonar sus pulseras de plata, mientras hurguetean los cachivaches artesanales que se amohosan al vaho salobre de la caleta. Los caballeros políticos en guayabera y short, comprando el whisky para tomárselo en Cachagua o en las cabañas aeronáuticas de Cau-Cau. Una playa semiprivada donde el perraje se descuelga por andamios y peñascos, y el jet renovado arrastra los pareos franceses por escalinatas de piedra al ritmo de la celulitis.

Tal vez un indefenso desnudo llamado Babilonia, acurrucado en su preñez de anonimato, provocara la alarma. Los continuos reclamos de los vecinos al comisario. "Por los niños chicos sabe. Está bien si uno tiene una terraza privada, para un bronceado parejo. ¿Me entiende? Pero eso de pasearse como Dios la echó al mundo, como si no le importara nada, aunque la metan en la cárcel, de celda en celda, una y otra vez no se cansa de empilucharse. Aun cuando estaba embarazada y la tuvimos que llevar al juzgado de Limache por ofensa a la moral. Y cuando la jueza le preguntó de quién es el niño, ella apuntó a mi cabo la sinvergüenza. Ella que se mete con toda la caleta, que no sabe si es viejo, joven, pescador, artesano o payaso de circo. Ella que se lo toma todo y borracha como está se le ocurre bailar y se nos encarama pilucha al techo del furgón policial y cuesta un mundo bajarla. Porque todos le hacen barra y uno parece tonto tratando de agarrarle los talones. Por eso pusimos el cartel y escribimos

que la señorita Babilonia, que no sabe su nombre, queda expulsada del balneario. Y nadie dijo nada, nadie se hizo cargo, porque hasta a los hippies con su paciencia oriental, ya los tenía hasta el cintillo".

Entonces todo quedó en calma y la Babilonia desapareció en el camino a Viña inaugurando el primer exilio en democracia.

Muchas cosas ocurrieron desde que se marchó; varios cadáveres mancharon de yodo el océano Pacífico y tuvieron que pedir refuerzos policiales para contener a lacrimógena viva a los patos malos, que hacían su agosto colgando a los pitucos de Viña. Los niños ricos que dejan su oso de peluche durmiendo para contaminarse en la cloaca de Horcón. También regresaron en gloria y majestad los colizas famosos, las reinas del encrespado y el brushing que se creía estaban bajo tierra tragadas por el sida. Volvieron platinadas bajo una llovizna de dólares comprando a diestra y siniestra noches de calentura, madrugadas de copete a destajo y toneladas de almejas para reponer la pérdida. Se lo salsearon todo, se vacilaron el meneo riesgoso hasta quedar tiradas en la caleta balbuceando un "te quiero". Y cuando se fueron, quedó un reguero de condones cuajados en el camino y la promesa de volver a morir en la tibieza de las arenas.

Así también se repitió como todos los veranos la lluvia de estrellas en la época del Festival de Viña. Por ahí se vio a Franco Nero revoloteando más viejo en un bar de moda. Y entre trago y trago lampareó el filo de *Querelle* en el índigo amargo de sus ojos. Pero nada de importancia, nada que contar, ni siquiera las noches de salsa en las casas de los retornados. O la visita secreta del capitán general que llegó un día disfrazado de artesa a comerse un mariscal a la caleta. Y nadie lo reconoció con el moñito y las gafas a lo John Lennon. Solamente el vola do que le pidió un pito, le quedó sonando el "negativo, negativo" de su acento campechano.

Aun así, a pesar de los festivales de rock en la playa y los descamisados nostálgicos de Woodstock. Los sí, pos loco y los longis pungas, que se agarraban a botellazos de puro contentos. A pesar de que la macona llegó por fardos y las anfetas las movían por kilos. A pesar de toda esta jarana nadie se acuerda de quién fue la reina del carnaval horconino de ese año. La corona de pétalos metálicos que hicieron los artesanos quedó flotando sobre el cráneo de un cuerpo invisible.

Nada pudo suplantar la ausencia de la Babilonia, ni siquiera los cuentos de un estadio, cerca de Til-Til, donde "dicen dijeron" que un cuerpo femenino en cueros se arrancó con la pelota bajo el brazo y toda la gente la salió persiguiendo por la carretera. O la visión fugaz de un volado que dijo verla como mascarón humano en la proa de un auto lujoso, congelada y sujeta sólo por su copa.

Pero al parecer ella no pudo resistir otros mares, no pudo soportar que los cuicos de Reñaca la patearan por mancharles los jeans Calvin Klein con el plumaje lacre de su menstruación. Y un sábado de esos que arde noche de José Luis en Las Rocas, mientras los *lana* ruedan por la vereda desplegando su tráfico ceniciento. Cuando suben y bajan las cajas

de vino cuneteado y una loca se trabaja a un péndex que no tiene dónde quedarse y los huiros humean entre los botes y el carnaval del mundo estalla en el carrete. En plena disco Gloria, la crujidera del techo, las vigas que ceden, las luces que estallan como un terremoto que se manda guarda abajo. Desde el cielo en medio de un sartal de palos y fonolas plásticas. Como la Monroe saliendo de una torta al revés. La Babilonia que aterriza en lluvia de escombros al centro de la pista. Machucada y sonriente diciendo tímida: "Disculpen la entrada."

En realidad no había nada que pudieran hacer con ese duende proscrito. Nada que pudiera aplacar su intenso deseo de vida, su infinita transgresión flotante a la deriva del verano. Así regresó de nuevo como Eva al paraíso, sin Dios ni culpa, develando los vicios privados en el espejo albo de su desnudez.

Por eso la dejaron navegar sin censura el resto del verano. Se hizo popular y confusa entre los bañistas. Le pintaron un traje de baño a rayas de la *belle époque,* con mangas y a media pierna, y ella aceptó divertida. Solamente sus grandes ojos párvulos se anegaron cuando le prohibieron bañarse, para que no se le saliera la pintura. Por eso se acomodó en una roca con la copa en la mano y se quedó mirando la línea espumosa del horizonte. Viendo más allá que los cientos de ojos que la rodearon en la playa. Un desfile de pupilas sucias recorriendo sus pliegues, sus hendiduras, su deslavada geografía sudamericana, las cicatrices borrosas en la coraza de un barco mujer con un deseo intacto.

BABA DE CARACOL EN TERCIOPELO NEGRO

Más adentro, cruzando el umbral de cortinaje raído la manga algodonosa que rodea a tientas, a ciegas, a flashazos de pantalla el pasillo relumbra como baba de caracol en terciopelo negro. Ni siquiera el tiraje luminoso del acomodador que pulsa la linterna y recorta con luz sucia un giro de espaldas, un brillo de cierre eclair, una mano presurosa que suelta el comando, sólo por rutina, porque el acomodador sabe que esa es la función y de lo contrario nadie viene a ver a Bruce Lee porque lo tienen en video. Todos lo saben y nadie molesta y cuando llega la comisión, se prende la luz y al que lo pillan se lo llevan. En ese caso no podemos hacer nada, total ya les avisamos, pero cuando aparece un cafiche haciéndose pasar por paco de civil para meter miedo y sacar plata, lo mandamos preso. Esa es la ley de este cine y cada uno se cuida la retaguardia.

Entonces la banda sonora es el crujido de los asientos; un coral de seseo o pequeña gimnasia promiscua en el jiujitsu de los dedos. En

contraste con la gimnasia de la coreografía karateca doblada por la cadena de manuelas, mano con mano, golpe a golpe, beso a beso, saltos mortales del chino que reproduce en menor escala el chorro ligoso que dibuja el aire con su trapecio seminal. Mientras el telón estalla en ketchup a full-contac, tiñendo el cinturón negro de rosa y de primer dan a tercer sexo. Con guantes de seda shoto-kan rebana un cráneo su aparataje de fuerza. Así cruzan bandadas de helicópteros por la pantalla y Bruce Lee los derriba a pura paja, a ver quién dispara primero, a ver quién llega más lejos para no morir tan solo y mojado en el reverso del mundo, porque ya nadie mira la película y la imagen se ha congelado en este chino voyeur, que ve desde el sol naciente los malabares de los chilenos.

Ciertamente la Columbia Pictures nunca imaginó que en estos bajos fondos sudamericanos, la imagen de Bruce Lee sirviera para controlar la explosión demográfica a tan bajo costo. Doblándose en espanglish la traducción milenaria de las artes marciales, al coa-porno del deseo invertido. De ahí que Bruce Lee se vacila un rap de cabeza sorbiendo el lamé moquiento que babea su hermética sonrisa. Venido del Bronx, hizo carrera a puro pulso, dejándose aceitar el pellejo nipón por el tacto del chicano masajista. Un méxico-holandés que lo dobla en la horizontalidad de sus ojos aztecas, que perdieron la fiereza en el incesto posmoderno. Por eso Bruce Lee, seduce en la mirada al chino mapuche de la pobla, que todos los días miércoles se erecta chamuscado en el cinema Nagasaki de la Plaza de Armas. Por cierto un amarillo pálido lo delata cesante, y los cigarrillos sueltos, quebrados en sus bolsillos, dejan un reguero de tabaco rubio en el asiento por los acomodos de la pasión. Entonces la población La Victoria comparece junto a Hiroshima en el entablado de utilería donde se cruzan la periferia desechable del nuevo orden, con el sexo místico y desconocido de los orientales. Sexo que se exhibe travestido de Ninja para el chino mapuche que desagua su decepción en la barricada de puchos quemados, por el desamparo laboral y el ocio desanimado de su pasar.

Ciertamente esta noche cinematográfica también exuda otros olores más burgueses; sudores yodados serpentean en la sala como nube de carne que exhala vapor ácido y aromas sintéticos. Gotea el placer húmedo de la axila, con desodorante tabaco after shave y humo de filtros aspirados, que refulgen delatando tenues alguna garganta mamona. Algún chupeteo glande o gusto lácteo como desesperada antropofagia, que deglute su terror al fogonazo de la calle. Porque aquí se demarca un territorio pendular, que oscila según los intermedios del programa.

Quizás el revelado en tecnicolor de esta última escena recrudezca la sombra de una cabeza hundida en la entrepierna de algún oficinista apurado, coagulando en la oscuridad su estrés de grafito y neuras familiares. Toda una terapia Metro Golden Mayer como gigantesco desagüe de tensiones. Dejarse libar en el anonimato de la cámara oscura, como retorno a la seguridad del vientre. Porque aquí frente al Royal de Luxe del chino que cautiva con su inglés escolar, se deja amasar tranquilo por la marea amniótica de manos en el sube y baja de los cortes karatecas. Una

oleada de zumos que generan las grandes políticas, y se eructan como desechos en el callejón de la última fila.

Acaso radiografía obscena del álbum familiar, o complicidad de pasiones y vertedero imprescindible de la urbe. O todo esto como flujos que permean el libre cauce metropolitano. Quizás a toda luz los deseos se compriman, y en este terciopelo enguantado, aflore el revés de todo rostro puritano que se cruza con otro en el vaivén del paseo público. Un otro que chispea solo en la oscuridad, cuando las babas de saliva desflecan la pantalla, cuando las hebras plateadas asfixian a Bruce Lee en un pantano lechoso bajo los asientos. Quizás las butacas de este cine estén numeradas con el nombre de cada gozador en el respaldo, como estrellas de películas, como los asientos del Congreso, como parlamento de sobajeos y atraques donde la política del cuerpo expulsa su legislación a todo cinerama. Quizás la función en las butacas sea el espejo de la superproducción empañado por el urgimiento y la paranoia. Lo que no se dice y nadie sabe, porque al final de cuentas el sexo en estas sociedades pequeño burguesas sólo se ejercita tras la persiana de la convención. Nadie sabe de los suspiros nocturnos del macho, que en la mañana vocifera porque no encuentra la corbata. Nadie podría imaginar que ese tótem se deshoja como doncella en el momento del clímax. Nadie pensaría que detrás de la felpa de un inocente rotativo, se establece un pacto de mutua cooperación. Ninguna esposa reconocería a su negrito en esas acrobacias, por cierto otro. Una sociedad secreta de desdoblaje, un tragaluz que recicla y enmudece para siempre, porque a las once de la noche en punto, cuando el The End de la última tanda clausura el beso en Tokio de Bruce Lee con la muñeca plateada, el relámpago de las luces quema todo rastro, evaporando los espermios que nadie hace suyos, porque cada quien está solo y no reconoce a nadie de regreso a la calle, a los tajos de neón que lo trafican en el careo de la ciudad.

"CÓMO NO TE VOY A QUERER" *(o la micropolítica de las barras)*

Deshojadas del control ciudadano, las barras de fútbol desbordan los estadios haciendo cimbrar las rejas o echando por tierra las barreras de contención que pone la ley para delimitar la fiebre juvenil, la prole adolescente que se complicita bajo la heráldica de los equipos deportivos. Es así, que cada confrontación deja como resultado una estela de palos, piedras y vidrios rotos al paso atronador de La Garra Blanca y Los de Abajo; dos sentimientos de la hinchada pelotera que aterrorizan el relax de los hogares de buena crianza, con los ecos mongoles de la periferia.

Ambos fanatismos se descuelgan al centro desde la misma poblada, con el mismo vandalismo romántico que interviene el aparato regulador que sistematiza y acalla la euforia pendeja.

Los supuestos rencores entre las dos barras son vecinos que amortiguan las faltas económicas con el baboseo de la caja de vino compartida o en el vapor ácido de los pitos que corren en la brasa centella que dinamita la batalla. Pero más allá de la rivalidad por los goles o el penal a último minuto, ellos saben que vienen de donde mismo, se recuerdan yuntas tras la barricada antidictadura y están seguros de que la bota policial no hará diferencia al estrellarse en sus nalgas. Saben que en realidad se juntan para simular una odiosa oposición que convoca al verdadero rival; el policía, garante del orden democrático, que ahora arremete a lumazos en las ancas del poder.

Podría hablarse de estallidos juveniles que carnavalean su agosto bastardo gritando "te amo albo, te llevo en el corazón", en la piel, en la bulla de los chicos que no se cansan de entonar el "cómo no te voy a querer". A pesar del calor que cosquillea en la gota resbalando por la entrepierna ardiente, a pesar del pegoteo de torsos desnudos mojados por la excitación, los chicos se abrazan y estrujan estremecidos por el bombazo de un delantero que mete pelota rajando el himen del ano-arco. Entonces el gol es una excusa para sobajearse encaramados unos sobre otros, en la ola afiebrada que trepa las rejas que protegen la cancha.

Estas demostraciones juveniles ensordecen la pastoral democrática; son escaladas de péndex que exhiben en la marea delirante la erección del jean cortado a media pierna, a medio culo el tajo de la moda asoma una nalga morena, un trozo de muslo velludo que riega los estadios. Un desenfado donde nadie está seguro, porque la botella gira en el aire y puede reventar en la frente de cualquier hincha descuidado. Nadie está protegido, menos la loca de cintillo indio que haciéndose el macho, logró confundirse en el ondear de las banderas venteadas por los desalmados. Esa misma loca que odia el fútbol, que de chiquitita jamás pudo patear una pelota encumbrada en el imaginario frágil de sus tacos altos. Pero le ganaron las ganas de estar allí, en medio de tanto refregón, a la deriva de los cuerpos ensopados que descargan su potencia futbolera en el arrebato de un "te quiero adicto".

Mucho le costó llegar al centro de la barra, estar mecida por el maldito corazón en medio de las consignas. Pasó colada arqueando las piernas, dando unos cuantos empujones y ensuciándose la lengua con los "sí, pos loco", "chi la gueá" y otras tantas cosas del lunfardo pelotero. Pero al fin llegó y mientras finge mirar el partido siguiendo la pelota que rueda en el pasto, que rebota como todas las pelotas que saltan a su lado, jugosas en el nido peludo que acuna el baile. Mientras simula un traspié, un leve estrellón que la desequilibra para sujetarse de lo que está más a mano, del racimo humeante del péndex que hace rato la tenía cachuda. Y sólo esperaba el agarrón de la loca para gritar: "Aquí hay un maraco." Pareciera entonces que a la voz de maraco enmudece el estadio completo, la pelota se detiene en el aire justo antes de cruzar el travesaño y el alarido de gol queda colgando en la o sin alcanzar el triunfo de la ele. Los jugadores perplejos apuntan a la galería, al centro de la barra brava donde la loca aterrada se ha quedado sin habla. Como un sagrado corazón en espera del martirio. Con un calambre en la garganta que la hace vomitar el gol y la palabra esperada retiembla el coliseo, volviendo la salsa revoltosa a animar la galería.

Así, girada en la confusión, la loca sale de vuelo resbalada en la humedad de los abrazos. Se desliza casi espuma hasta los pasillos de acceso, donde los baños hierven de hombres en el amoníaco de los urinarios.

Allí ese olor familiar reaviva la sed carmesí de su boca chupona. Al amparo de las escrituras profanas, se relaja en el espejeo de los graffitis que oran mohosos: "Aquí se lo puse al albo", "La Garra lo chupa rico". En cada frase temblorosa se permean las ganas de encular al rival, de sentarlo machamente en la picota. Como si placer y castigo fueran un rito compartido, una metáfora inyectora que castiga premiando con semen las insignias del contrario.

Así, el ojo coliza recorre el muro, en cada dibujo apurado recorta apuntes y croquis fálicos como rosas de un papel mural sepiado por las huellas del orín. Flores de yodo rebanan el iris de la loca, alfabetizan su deseo en los signos desvaídos por la soledad del baño público. Una crónica voyeur que recoge su silabario aguaitando a través del agujero el baño contiguo. Mirando el chorro dorado de un hincha que expulsa la cerveza. Un péndex que también ha visto el lente de la loca congelado en su miembro. Ese ojo rubí que horada el muro con desespero. Entonces a una señal la loca se cambia de equipo, se mete en la caseta vecina donde el chico la espera agitando tarjeta roja entre las manos. Después la puerta cerrada es sorda a la bullanguera farra que persigue la pelota. Afuera el estadio estalla cuando un centro-foward zigzaguea la bola por la entrepierna, apenas la roza, la puntea, la baila en la pelvis, al pecho, la goza cabeceando y zoom mete cuerpo y balón en el hoyo del arco.

El "cómo no te voy a querer" es coreado a todo pulmón al terminar el partido y las dos barras se desgranan por la ciudad pateando las señales

del orden, meándose en cada esquina donde la autoridad instaló cámaras para vigilar con ojo punitivo.

Marejadas en shorts y zapatillas rotas desafían la represión que silba en bombas lacrimógenas y carros lanza-aguas abollados por los peñascazos. Después la batahola se dispersa por las calles, entre los bocinazos, bombos y pitos que animan la salsa rockera de los locos. La cumbia picunche que menea el trasher al son del ya tan amado "cómo no te voy a querer", escrito en todas partes, voceado en las murallas por la lírica malandra de su ortografía. Una escritura itinerante del spray en mano, que marca su recorrido con la flechada gótica de los trazos. La gramática prófuga del graffiti que ejercita su letra porra rayando los muros de la ciudad feliz, la cara neoliberal del continente, manchada por el rouge negro que derraman los chicos de la calle.

A ver si los encuentran, a ver si los dirigentes del equipo se hacen cargo de sus desastres, después de que el alcalde los declaró peligro público, un mal ejemplo para la juventud que no se emborracha ni cae en las drogas. Nuestros muchachos de espíritu sano, de polera blanca y jeans recién planchados, empeñados en el servicio social, en pasear ancianos y sacar el barro de las inundaciones. Tan diferentes a la tropa delictual que descarriló un tren de puro gusto, por no querer seguir en la misma vía ordenada por los semáforos. Sólo bastó que a un loco se le ocurriera desenganchar el carro donde regresaban, después de un partido, para que todos se embalaran, de puro volados, sin ton ni son, vieron la locomotora alejarse sola por la línea ferroviaria, cagados de la risa, pensando en que el conductor estaba seguro de llevarlos por la aburrida senda del buen camino. Ellos que alguna vez soñaron con el trencito eléctrico de la infancia rica, por esa vez tuvieron un tren de verdad, para irse a Woodstock alejándose de los tierrales secos de la pobla, de la ley pisando los talones y siempre arrancando, toda la vida en apuros de colegio, cárcel y hospital.

Por eso se la creen amotinados, rebasando la nota armoniosa de la urbe civilizada. Se la creen borrachos moqueando la derrota y también borrachos celebrando el triunfo del equipo. Como una pequeña victoria de ángeles marchitos que siguen entonando la fiesta más allá de los límites permitidos, rompiendo el tímpano oficial con el canto tiznado que regresa a su borde, que se va apagando tragado por las sirenas policiales que encauzan el tránsito juvenil en las púas blindadas del ordenamiento.

ESCUALOS EN LA BRUMA

Basta atravesar la calle en un barrio antiguo de Santiago, entre los niños que juegan con tortugas ninjas y gatos ociosos refregándose en las várices de las viejas; ancianas eternas que fingen barrer la misma baldosa de la vereda, vigilando quién entra y quién sale de los baños turcos. Un negocio transpirado que hace años se instaló en la casa señorial, cuando los dueños emigraron al barrio alto. Una residencia de familia que habilitó sus salones y patios con cañerías y azulejos para el relax exclusivo de varones. Así reza el letrero que canta cursi Baños de hombres Placer. Como si todo lo que pasara en los humos del vapor estuviera contenido en la grafía burlesca del nombre que anuda en corazones de pelo la mariconada turca del hoyo a presión.

Toda la vecindad ya conoce el cuento, y más de algún hijo de vecino se gana sus pesos como pez espada picaneando entre la bruma. Pero nadie se ahoga en moralismos, los Baños Placer son parte del folclor del barrio que decae polvoriento bajo las demoliciones.

Al entrar en el pórtico de madreselvas, las columnas fenicias invitan a perderse entre las jaulas con canarios y hiedras que trepan por el

deterioro del edificio. La humedad pega fuerte con su moho rancio de eucaliptos, cloro y semen.

Después de pagar la entrada de mil pesos, se recibe una sábana de túnica para taparse los colgajos masculinos, una caluga de champú, un jabón Popeye y un par de zuecos de madera para extraviarse en los túneles de algodón. Así se puede vitrinear libremente dejando que la mirada resbale por los peldaños de la celulitis, que reproduce la decadencia del inmueble. Como si las cicatrices de vesícula se prolongaran en las grietas de las baldosas, o las hernias umbilicales fueran cañerías tapadas por el sarro, y los techos cuarteados un cielo de estómagos con cirrosis. Y todo esto junto, formara un gran friso escultórico cocinándose al baño maría.

Una tras otra, las piezas conforman un laberinto de calor pegajoso que va *in crescendo.* La primera es un living de bidets o lavapotos donde los más viejos se remojan la próstata con una leve brisa volcánica. La carne es fláccida en estas termas romanas para Pompeyo Soto, Vinicio Cayuqueo o Tiberio González; viejos cónsules del coliseo que se enjuagan las charchas mientras escuchan a una loca exiliada contando sus comienzos en los baños del setenta. Como si en este lugar de nomeolvides no hubiera pasado la guerra y al regresar al país, después de haber recorrido los porno show europeos, mientras lloraba por la patria, lo primero que hizo bajándose del avión fue correr a los Baños Placer. Y mientras el taxi serpenteaba por una Alameda desconocida en sus torres de espejos y caracoles comerciales, ella rogaba que estuvieran allí; que la modernidad tardía de Chile no le hubiese derrumbado por lo menos ese recuerdo. Entonces cuando el taxi dobló por la calle Placer, le pareció escuchar la misma radio quejumbrosa tocando a Los Beatles en ese "lo vi parado allí". Y aunque la radio RCA Víctor sucumbió por la humedad y fue reemplazada por un Aiwa tocacaset que suena a Guns'n Roses, los baños seguían en el mismo lugar como invisibles para la demolición urbana. Y al encontrarse al borde de sus fauces calientes, se despeñará el reencuentro con una adolescencia fogosa de chupeteos, bajo la garúa oxidada de los turcos.

Así, frente a la puerta, tuvo que hacerse cargo de veinte años de ausencia lejos de este lupanar a vapor. "Hacía tanto tiempo que no lo veíamos por aquí." Lo sorprendió el viejo del mesón, igual de viejo, con el mismo tonito perverso, como si hubiera sido ayer ese día 11 de septiembre cuando los bazucazos a La Moneda lo pillaron ensartado en el palomo blanco que era su compañero de liceo. Aquel chico de las brigadas rojas que lo miraba y sonreía en los actos por Vietnam con "esa risa que escondía no sé qué secretos". El mismo que lo llevó la primera vez a los Baños Placer y después hicieron de ese sitio un lugar piola para encontrarse. "Entonces usted era jovencito", insistió el viejo pasándole la llave del camarín. "Venía con otro joven y escondían los cuadernos para que no supiéramos que eran estudiantes. Pero yo sabía y me hacía el leso. A usted no lo vimos más... pero a su amigo, creo que vino un día muy temprano, todavía no abríamos y me rogó que lo dejara entrar. Estaba muy nervioso, se quedó todo el día y como a eso de las ocho yo corté el

agua y le dije que íbamos a cerrar. Entonces me pidió que me asomara a la calle por si había alguna patrulla o algún auto sospechoso. Yo no vi nada y se lo dije, pero me costó un mundo convencerlo de que se fuera. De ahí pasaron muchos años y hace poco prendo la tele y me llevo la sorpresa, lo reconocí al tiro. Quién lo iba a pensar. ¿Usted lo sabía?"

Así, los Baños Placer ocultan en la niebla historias clandestinas que se licúan en el flujo de sus alcantarillas. Cruzas de machos asfixiados por la rutina de computadores y diskettes, se reconcilian con otros escualos de la misma especie, flotando a la deriva por los mosaicos trizados de las piezas. Más adelante está la sala de masajistas, más bien una hilera de desnutridos Schwarzeneggers que dejaron en la población al triste hijo de obrero. Péndex con músculos de pantrucas que contonean su icono karateca apunado por la demanda erótica.

De entrada preguntan baño solo o completo, y si es lo segundo lo completa un negro watusi *made in* Pudahuel, con una toalla en la cintura y un ramillete de bíceps para escenografiar el masaje. Después ni Cristo lo baja de la montura. Al final estira su manita morena y agarra las cinco lucas mientras se descuera el condón.

Pero más allá de estos favores con tarifa, los Baños Placer son una pecera de desahogos en el acuático mundo de la limpieza. Al fragor de un océano que hierve, la carne recocida se sigue internando en la hoguera acuosa que va en aumento. Humaredas de fuego disminuyen la luz asfixiada por nubes que se desgarran en manoteos de músculos y agarrones de testículos, que aparecen nadando como pancoras negras y se esfuman vidriadas por telones de tul. Olas de gasa que levitan los bofes del bajo vientre, la papada floja y el temblor gelatinoso del viejo que se lo afilan en el suelo. El viejo desnudo pataleando en el agua como rana cuaja, que goza el galope del joven escualo que lo flota acezante. Más allá girones de éter desguazan el cacherío nuboso, carburando el retrete anal en gárgaras jabonosas. Así un acuario gaseado suelta las válvulas de la pasión, en el arponeo resbaloso que avienta pujos y resoplidos del ano submarino, que lo flamean como un copihue deshojado bajo el flujo ciudad-anal.

Nada puede detener entonces la peregrinación al cráter fálico, el toro, la pieza oscura o como se llame esta caverna sulfúrica que sube el mercurio a su tope máximo, a su mayor desesperación picaneada por los tiburones que no se ven, pero atacan a mansalva en la densa camanchaca. Un rojo de rubíes son los cuerpos o jaibas enjoyadas que sólo reaccionan al charchazo violento del agua fría, que cierra los poros y congela la calentura en el espacio azulado de las duchas.

En fin, la travesía de este Nautilus termina en una sala donde los cetáceos, atlantes y focas se fuman un cigarro en silencio. Es posible que éste sea el único lugar latoso que recuerde el súper sauna de lujo, donde los economistas sudan la gota del aburrimiento con una mineral en la mano.

Quizás en los Baños Placer, la estética y el relax son una excusa para desublimar elmercado de los gimnasios que torturan el cuerpo con jacuzzis, aeróbicas y un estado de perfección anatómica que adolece de deseo. Aquí nada importa el ángulo exacto del solárium bronceando la piel con ese color narciso que se mira triunfal en las vitrinas. En los Baños Placer no importan los gramos perdidos en el vapor, porque la loca enorme como cachalote los multiplica zampándose un hot-dog en el boliche de la esquina. Y así rosadita y satisfecha, se aleja por la calle Placer entre los niños que siguen jugando con el gato. Antes de doblar la esquina se despide con un gesto de la vieja que lo vio entrar y desaparece airosa bamboleando su hermosura, "por la vereda que se estremece al ritmo de sus caderas", tragada por el anonimato entre el río de autos que la despeinan "del puente a la Alameda".

ENCAJES DE ACERO PARA UNA ALMOHADA PENITENCIAL

Un espiral erizado retuerce la moral cuando el tema de las violaciones en cárceles masculinas destella al impacto de la noticia. Causa común de rechazo totaliza el espectro dorado fecal del reportaje. Y es en diferido, que el mismo acto se reitera en el rodaje del testimonio que multicopia el secreto. Se reconstruye la escena escabrosa en el *close up* a la boca interrogada en la pantalla. Como si la verdadera penetración no acabara nunca en sus variadas formas de peritaje. La incansable búsqueda de vestigios y gemas seminales por el espéculo médico, que actúa como pene legalizado, rasgando con el destello de su ojo forense, la dilatación de la gruta anal de cúbito en la camilla. Pareciera que la subjetividad colectiva se crispara como en el medioevo por la profanación de estos santos lugares; último reducto del intestino para salvaguardar las reliquias de la hombría. Una caverna tibia que protege celosamente en la felpa mojada de su estuche, el secreto de los templarios. El misterio falocrático tatuado en las paredes de su inverso, en un álgebra hermética retocada de oro continuamente por el relave de sus desechos.

A diferencia de la violación a una mujer, que ocurre en la narrativa porno del cotidiano y se deja escurrir como desagüe natural ante la provocación de Eva a la frágil erótica del macho. Donde cierto compadrazgo patriarcal avala estas prácticas y las promueve, como poses y postales que no incomodan tanto la visual cristiana como el ultraje al tabernáculo masculino.

Es así, que en apariencias, la vejación en las cárceles de hombres sería la más traumática, dejando secuelas que llevarían al suicidio. Pero las apariencias engañan, "los muchachos de antes también usaban vaselina" y los padres de la patria ya no tienen patio trasero que defender. Más bien se lo juegan en barajas de ocio ganado y perdido, montándose unos a otros con las trenzas sueltas del encierro. En el adentro nada es tan terrible; basta apretar los dientes, morder los encajes de la sábana carcelaria, relajar el esfínter y olvidarse de la ideología. "A desalambrar" y morir en la rueda, porque la hemorragia de la propaganda estigmatiza a quien delata el salivazo del hermano. Si Abel se hubiera hecho el leso, Caín sería su marico.

Así es la ley de los que viven a la sombra con el cielo repartido por los barrotes. Sombras arando la cancha de fútbol en un zigzagueo eterno de ir y volver sobre los mismos pasos, sobre el mismo odiado cemento que raspan noche a noche en el sueño de la huida. Son miles de ojos arañados por las rejas en la espera del timbre que anuncia la hora de visitas. O en el peor de los casos el aullido de la sirena que sobresalta el pecho con las

carreras, gritos y estampidos del encierro apresurado por algún escape. Después el recuento y los allanamientos echan por tierra el azúcar, la yerba mate y las fotos de una mujer sepiada por el goteo esporádico de sus visitas. Una mujer tragada para siempre por la fatiga de trámites y expedientes en el archivo tedioso de los juzgados. Una mujer como promesa de domingo, cuando aún la contención de su imagen se evacuaba sobre el retrato. Después la sombra de sus pechos reptando en el muro se hizo carne en los glúteos albos de los primerizos.

Así, día a día, muchos hombres cruzan el pórtico penitencial que se cierra al crujido de hierros a sus espaldas. Algunos, con el alcatraz mudo de espanto, tendrán que pagar el noviciado cruzando un callejón oscuro boca abajo y goteando lágrimas de suero por la entrepierna. Especialmente los que caen por violación; estos pagan el delito con la misma moneda que cae agujereada en la alcancía rota de su propio orto. Al compás de la cueca tamboreada en los latones de los camarotes, que amortiguan el griterío para el oído de los gendarmes diciendo: "Otra vez hay fiesta en la galería cuatro." Un simulacro de fiesta huasa, monta y corcoveo. Alboroto que tira y afloja los pantalones rasgados y a media asta, mostrando la quebrada cordillerana a tajo abierto, por donde pasan cuatreros y fugados al galope pedregoso de la libertad.

Pareciera que en estas bacanales carcelarias se repitieran ciertos juegos infantiles de fuerza y violencia. Como si el caballito de bronce aleteara preso en los muslos que lo apuntalan, para que levante el vuelo y rompa el celibato de las rejas. Un caballo de Troya para meterse dentro, para encontrar una Helena en el laberinto de sus tripas y escapar lejos, invirtiendo la ciudad amurallada de ese cuerpo que se va llenando con polen fecundo, por el rebalse libertario de ganas del afuera.

Es así, entonces, que estos rituales eyaculativos se desdramatizan en la evocación infantil del corre que te pillo, la camotera o el capote a sangre fría, donde quien lo resiste pasa la prueba, la iniciación llagada de la pandilla. La violación de hombres en las cárceles sería un juego de naipes con una carta marcada para el novicio. Un acuerdo tácito de anofagia que paga el piso la primera vez y después se cobra con el próximo que llega. Un sistema de excavaciones carnales que duplican la red de túneles para el escape. Como si la técnica del forado se ejercitara primero en el cuerpo, en el sube y baja de arar la tripa de los vertederos para ver el cielo mugroso pero libre de la ciudad. Una topología del desespero que taladra en el barro su emancipación libidinal. A punta de penetrar el ladrillo con espolonazos de pasión, de raspe y lija en los surcos de la espalda. En uñas quebradas por manotazos de asfixia y estrangulamientos erectos por el aire que falta en la estrechez del tubo subterráneo. Ganarle centímetros a la carne tierra con golpes de ingles, a puro pulso de cucharas rotas, con atraques de pelvis, en puntas y cabezas amoratadas de gusanos que suavizan en la seda de sus capullos el vértigo doloroso del empalamiento.

Una práctica amistosa donde las urgencias del cuerpo derivan en afiliaciones de equipo minero. Expatriaciones que se anexan en el hoyo compartido. Como si el afán de libertad se contagiara por la irrigación seminal en los conductos del cuerpo. Un pacto de espermios oxidados por las heces, como azahares marchitos de una luna de miel negra que tizna las púas del encierro. Nupcias que devienen fatal si son descubiertas por el ojo carcelario en el túnel o en el camarote. Ambos delitos reciben castigo en celdas de incomunicados, en años y meses que se suman a la condena, en nuevos mapas de fuga como cartas de amor que se dibujaran en las sombras. Otras estrategias de terciopelo para escamotear los perros, los reflectores y los guardias del muro. La proyección futura de un subterra como maridaje clandestino. Alianzas de sexo y muerte que no se domestican en el claustro, y desgarran en sí mismos los tules acerados de su confinamiento.

LAGARTOS EN EL CUARTEL *(yo no era así, fue en el Servicio Militar)*

Aun así, a pesar de los horrores que le contaron los amigos que habían pasado por el molde castrense. De haberse visto cuanta película de helicópteros en enjambres de abejas incendiarias menstruando napalm sobre Saigón. De saber que aquello fue cierto y que la reiteración cinematográfica sólo aviva el carmesí de las heridas. Que el celuloide despedaza una vez más en cuadros de consumo los cuerpos vietnamitas desmembrados por los aires. Que en realidad no son cuerpos, sino maniquíes de plástico, muñecos de guerra que trafica el mercado como utopía infantil. Representaciones del súper hombre que emerge aceitado en sangre de los pantanos asiáticos. Más bien un cartel a toda pantalla, donde el androide mercenario exalta su musculatura de bronce en latitudes desnutridas. Un Rambo en video, que tras la vitrina de Errol's, le guiña un ojo al chico que pasa por la calle. Un ojo de halcón que lo sigue mirando a través de la ciudad hasta atraparlo en la hipnosis del flipper. Una pupila centella lo cautiva regalándole un *score* o un juego extra de bazucas. Una sonrisa a lo Sylvester que promete mujeres y acción bajo palmeras de aluminio. Un guiño de machos que hace tilt en el corazón del

péndex y lo lanza corriendo a enrolarse al servicio militar, donde su sueño de Terminator termina rapado al cero y cero corazón, cuando la podadora milica tala su melenita. Cero ropa cuando lo desnudan, lo miden, lo pesan, palpan sus cojones y revisan sus dientes de semental, frente a la cola de mancebos que funden su libertad en el metal ardiente de la tropa.

Y así, fanatizado con la guerra, troca la esquina ociosa de su "maldita vecindad" por la ventana enrejada como único horizonte del regimiento. Entonces los días se transforman en trote de horas, en marasmo de carreras y marchas y giros a la derecha y nuevamente a la derecha y sólo existe la izquierda cuando el bototo mal amarrado es un tumbo que tuerce la fila, un traspié que lo hace caer con la violenta patada en sus nalgas. Y arriba la risa del teniente le ordena que se pare, que siga corriendo, que sóbate para callado, total ya queda poco. Una vuelta más y después de comer se van a la cama. A dormir con las manos afuera para que nadie se toque la diuca. Porque aquí lo único que se toca es el toque de diana al alba oscura, cuando aún erectos de sueños eróticos saltan de las frazadas al frío antártico de las duchas. Allí, recién despertando, la repetición del cuerpo espejeado en muslos y pelvis apenas florecidas por el almácigo de los dieciocho años, es el ojo narciso que se ve reflejado de frente, hombro con hombro y hombre con hombre en los azulejos de los baños. Un reflejo vidrioso a través del agua, redobla en brillo el cuero oscurecido por el sol implacable de la pobla. Un recorrido visual por las baldosas retorna esfumadas las pieles vírgenes, en un drapeado líquido que lame las espaldas. Un velo acuoso se derrama vadeando los omóplatos, baja por el coxis y resbala en los pliegues de la ingle, desnudando el albo tatuaje del traje de baño. Una mirada rápida baila en la espuma de la ducha, salpica el agua anegando las zonas inexploradas donde la jungla del vello púber, protege blandamente la boa crispada que se asoma al mundo con su ojo leporino. Una ojeada de perfil deslizada al compañero de camarote, casi incidental al recoger el jabón, al agacharse la punta que rosa el lomo como un beso distraído en medio del apuro. Un cuidado que te clavo, Jesucristo, estalla en risa, parece risa, suena chistoso, pero queda atravesado entre ceja y ceja mientras tiritando se visten, mientras trepa por las pantorrillas peludas el tieso algodón del calzoncillo militar. Un ojo voyeur sigue mirando esa parte donde se levanta suave el pantalón de camuflaje.

Después amontonados bajo la carpa verde oliva de los camiones, se alejan de la ciudad al campo de maniobras. Se van entonando el "Adiós al Séptimo de Línea", que a la larga se transforma en novena hora de calor por la línea quebrada de la cordillera. Así el polvo hecho barro y sudor desfigura los gestos amistosos en la cosmética de guerra que oculta bajo las caras pintadas el enemigo imaginario. Un Schwarzenegger paranoico que acentúa el ojo buitre de la batalla. Se la cree toda jugando a los comandos en un Laos reseco, donde ametralla el sol y la selva es un peladero de peñascos con alambradas. Un film rotativo, que de tanto girar en el carrete de las balas, va desmantelando el set y Schwarzy no aparece

por ningún lado. Es decir, el entrenamiento y la fuerza bruta de hacerse hombres enterrando la nariz en el barro, desplazan a Schwarzenegger y sus ciénagas de felpa. El flipper estalla en cortocircuitos de pólvora que le queman las manos y tiene que achicharrarse al sol, con la garganta seca y la cantimplora vacía. Porque de tanto buscar a Schwarzy cae en cuenta de que se perdió en mitad de la campaña, ya no escucha la contraseña de su grupo o la olvidó en el tronar de las explosiones. Está solo en este simulacro de guerra, tan lejos de las cortinas floreadas de su casa. Mientras estallan por los aires los peñascos que no son de utilería, que llueven a su lado mientras se arrastra sudando la gota del terror. Tratando de no perder ni un botón, ni una estrella, buscando neurótico algún compañero de carne y hueso que no sea un muñeco de plomo. Alguien conocido, algún vecino, un loco de la esquina que lo acompañe a devolver este video. Alguien cerca para compartir el miedo y sudar juntos, pegados por el mismo olor a pólvora y sobacos. Alguien que reptando a su lado se le apega entre sollozos. Y mientras tiemblan se reconocen bajo la cara sucia, se tocan y abrazan con fuerza, se hurgan las braguetas buscando algún comando, algún mecanismo para manejar este flipper, tratando de asirse a algún tentáculo humano, que no sea el acero como prolongación de los dedos agarrotados por el arma. Así muy juntos, tratan de no perderse en medio del humo y los gritos de las maniobras. Que se quemen todas las películas de *Pelotón* y que arda Errol's, pero que no los atrape el batallón enemigo. Que no los despojen del uniforme, no los amarren y pinten sus cuerpos con excrementos. Y después puedan lucir en la punta de las ballonetas el trofeo de los slips arrancados a la fuerza. Como parodia de violación, de vejamen inútil en estos juegos de prepotencia donde es humillado el más débil; el chico con las nalgas temblorosas que debe pagar en celda de castigo su miedo, frente a Schwarzy y su acorazado adiestramiento.

Quizás la suma de jóvenes en simetría de tungos afeitados, como ballet de plumeros mochos desfilando en los cuadros de una matemática del orden, donde la menor equivocación deriva en tiburones de agotamiento; va provocando otro tipo de excursiones eróticas que alteran la rigidez del canon militar. Formas de salvamento en medio del apuro, conexiones fraternales que se anudan a pesar de la vigilancia y la piedra lumbre. Acercamientos y manoseos bajo los estandartes como formas de soportar el encierro, la castidad y el bigotito burlesco del teniente que trapea el suelo con los reclutas y ellos, sin embargo, le dicen "mi teniente", en un trato de pertenencia, amor y odio que dicta la jerarquía masculina.

Una pedagogía que maquilla de moretones el entorchado de sus banderas. Como si la autorización para ser ciudadano de cinco estrellas pasara por el quebrantamiento del femenino. Como si la licencia militar fuera la marca sagrada del yatagán como emblemática. Aun después del trauma marcial de la dictadura, esta clase privilegiada en sus galones dorados y flecos de comparsa, sigue danzando en la pasarela de franela gris, plomo acero, verde oliva y azul mari no. Solamente con la excusa de

la defensa. Aun después del holocausto los compases de la Rendeski abren las "grandes alamedas". El *revival* fatídico de esa marcha resuena en el escalofrío de los crematorios y cárceles de tortura. Pareciera que a estas alturas del siglo, la memoria del dolor fuera un videoclip bailable con un paquete de papas fritas. Pareciera que en este mismo film rodaran juntos desaparecidos, judíos, mujeres, negros y maricas pisoteados por las suelas orugas de bototos, zapatillas Adidas y tanques. Pareciera que en cada giro de cascos se reiterara el desprecio por la democracia. Pareciera que en el ángulo recto del paso de parada, los testículos en hileras fueran granadas de reserva a punto de detonar nuevamente sobre La Moneda.

BARBARELLA CLIP *(esa orgía congelada de la modernidad)*

Quizás, en la multiplicación tecnológica que estalló en las últimas décadas, la política de la libido impulsada por la revolución sexual de los sesenta perdió el rumbo, desfigurándose en el traspaso del cuerpo por la pantalla de las comunicaciones. Tal vez fue allí donde una modernidad del consumo hizo de la erótica un producto más del mercado, o más bien, fue elegida como adjetivo visual que utiliza la publicidad para enmarcar sus objetivos de venta.

Al decir de Roland Barthes, "el sexo está en todas partes, salvo en la sexualidad". Así, un bombardeo de imágenes va acosando la vida con estímulos erógenos, pero por sobrecodificación de signos al acecho, la sexualidad pareciera replegarse al rincón más castrado, donde la masturbación electrónica sólo es un pálido éxtasis para la demanda del cuerpo social.

Entonces, hoy nos encontramos con un excedente de sexualidad a la deriva, flotante, insatisfecho y abúlico, que se pajea mirando las portadas de las revistas, los avisos en el metro, el cierre eclair a medio camino, los botones desojados por una mano ansiosa, los vellos púbicos pintados en la cera de un maniquí, los pomos piratas que se mueven bajo el mostrador de la tienda de videos. En fin, hay una manga de sujetos caldeados que buscan el motivo cercano para copular fuera de la vitrina pública. Quizás en el terciopelo oscuro que amortigua los resoplidos bajo una escalera, en el eriazo pedregoso que araña la espalda, a lo perrito, a la paraguaya, detrás de un muro, lejos de la cama de dos plazas y su propaganda de coito feliz, que contempla todas las versiones del Kamasutra y su stock de poses legalizadas por el oficio conyugal. Tal vez, más lejos, en algún arrabal de cortinas rojas que se salvó del terremoto. Y la demolición modernista lo dejó como estatua de sal, convertido en un monumento castigado mirando atrás las cenizas del placer. Quizás en las plazas espinudas de la periferia, donde aún los quejidos de los jóvenes resuellan en los ecos del pérsonal estéreo. Es allí donde todavía sobreviven jirones de sexo en las espinillas del péndex que despegándose de la oscuridad, pide fuego para prender un pito y contesta algunas preguntas:

-¿Ves televisión?
-A veces, cuando no hay na' que hacer y gueá.
-¿Qué ves?
-Videoclips, recitales y esa onda. ¿Querís una fumá?
-Ya. ¿Te calienta la tele?
-(Aspiración profunda). ¿Qué onda?
-Los videos pornos, por ejemplo.

-Chiss, pero pa' eso tenis que tener un pasapelículas y una mina, y una casa, porque en los hoteles tampoco te dejan entrar por menor de edad.

-¿Y cómo lo haces?

-¿Qué?

-Eso.

-Cuando estoy muy verde, me encierro en el baño, pero no falta que te interrumpan, cachái. Que pásame el pérsonal estéreo, que sale luego y gueá.

-¿Te masturbas frente al espejo?

-¿Qué onda?

-¿Te ves?

-Claro.

-Y el espejo es como la tele y tú tienes el micrófono en la mano.

-No te cacho.

-¿Te gusta mirarte?

-Bueno, igual paso con la pierna tiesa. Me dicen el pate palo.

-¿Te gusta Madonna?

-(Chupada). Súper rica la loca, si la tuviera aquí...

-Pero está en la tele.

-Sí, pero no se lo voy a poner a la tele.

-¿Entonces?

-(Conteniendo el humo). Sabís que de tanto hablar...

-¿Qué?

-Se me paró el ñato, estoy duro... Mira, toca.

-...

-Apaga la grabadora y gueá.

(Corte)

Ciertamente, las eróticas suburbanas giran en torno a la publicidad del centro. Es así como los fines de semana se descuelgan de las poblaciones manadas de adolescentes, que buscan en la noche dónde y con quién descargar su polen rockero. Pero más bien, derivan esa descarga por la retina sexy que les ofrece la ciudad. Miran ávidos las fotos de los topless en marcos de luces, se chupan los carteles comerciales que puso el alcalde. Esas vitrinas al paso, donde Ellus o Calvin Klein les ofrecen las mezclilla índigo como envoltura de un cuerpo ardiente y plastificado.

La empresa publicitaria exhibe el cuerpo como una sábana donde se puede escribir cualquier eslogan, o tatuar códigos de precios según el hambre consumista. Pero ese doble de cuerpo, aceitado por el *make up,* resulta ser a la larga un antídoto contra la sexualidad en la cápsula frígida de la pantalla. Pareciera entonces que el supermarket corporal promete polvos sin fin, en la piel dorada de la modelo que distrae al conductor en el aviso caminero. Pero esa piel húmeda es tan real agrandada por el *close up*

en su porosidad naranja, que deja de ser piel. Y solamente es un deseo acrílico que ofrece jugo de mangos en el póster que se aleja, inalcanzable.

De esta manera, la imagen erótica desborda portadas y avisos luminosos, haciendo creer que estaríamos viviendo una época desprejuiciada, donde el sexo reina y satisface hasta la última gota de zumo que resbala por el escote de la niña que sonríe aputada en el comercial. Pero todos sabemos que esa niña de colegio rubio no es una puta. Y si lo fuera, sería un producto inalcanzable para el obrero transeúnte que se detiene bajo el cartel a gozarla, como un gato frente al vidrio transpirado de la carnicería. Ese mismo hombre que sigue caminando de regreso a su casa, se tiene que conformar con el jugo en polvo que compra en el almacén de la esquina, para imaginar el sabor de los labios Tang en el paladar postizo de su mujer. Además, soñar palmeras en el pizarreño del techo y evocar el oleaje del Caribe en el ladrido de los perros. Y si aun así todavía no puede, tiene que morderse la rabia cuando su gorda amasándole el miembro muerto le dice: "¿Qué te pasa negrito?" Y él tiene que mentirle diciendo: "Mucha pega, gorda, duérmase y descanse, mañana será otro día." Pero él no se duerme y sigue pensando en la rubia tonta, que quizás no lo es, pero el director del spot le dice que ponga esa cara de mongólica afriebrada para la cámara. Por eso enciende el televisor a esa hora, cuando la programación sólo ofrece videoclips como reemplazo a contar ovejas.

Así frente a la pantalla, las imágenes de los clips lo sumergen en un pantano de cuerpos idealizados por el fluorescente que pestañea al pulso del rock concert. Se reproducen en un vértigo de pieles las canciones del ranking como onanismo visual, donde la música sólo cumple una función adjetiva que refuerza la imagen y su permanencia en el espectador.

La música clip es el pegamento de lo observado, el ritmo ocular que sigue hipnotizando en el pérsonal estéreo. Como si fuera de la pantalla una ceguera colorida siguiera funcionando al tiempo rápido que captura el ojo. A modo de retazos, a chispazos de memoria, su narrativa recicla cinematografías MGM para jóvenes del 2000. Una infinita consola de efectos técnicos, maquilla el insomnio computarizado y resucita mitos de celuloide en el horror cándido del *thriller* que vestido de vampiro persigue a una novicia. O las historias románticas, que reiteran a la niña esperando en el balcón del estribillo. Pero en el clip no hay perversión, porque el guante censura del editor va descuartizando en cuadros de consumo la carnicería estética donde la tijera entra justo cuando el *zoom-in* amenaza a una florida vagina (corte). Cuando la cámara panea el vientre y se topa con los pastizales bajo el ombligo (corte). Cuando a la niña la atrapan los violadores (esfumado). Cuando Cenicienta en luna de miel le baja el cierre a Prince (corte). Cuando Madonna besa en la boca a su original y las dos Marylinas se fragmentan lésbicas en la copia de la copia (censura). Cuando la misma Madonna se traga un crucifijo (corte). Cuando el mismo crucifijo comienza a erectarse (insert).

El clip parecería ser un ensamble de estereotipos de acción y sexo que se almacenan en la caja oscura sólo para ser contemplados. De la misma manera, los conciertos rock envasados en el caset son una forma de prevenir los estallidos juveniles y regular la euforia de los estadios llenos. Pasando la película del recital, los péndex, solitarios en el living de sus casas, resultan inofensivos frente al aparato. Neutralizada su transgresión de cuerpos deseantes, por la secuencia video que se interrumpe cuando cruza fugaz un falo perlescente por la pantalla. Pero al ponerle *traking* resulta que no es eso, sino más bien un cactus con bufanda que pringa la calentura con su mensaje ecológico.

Mucho que decir del tráfico publicitario y el porno legal que enfría los pies y el mate salado de los pobres. Mucho se ha dicho que los pobres hacen el amor con calcetines, pero ahora con la paranoia del sida, los calcetines se usan de condones. Igual buscan la forma de atracarse entre los yuyos. Aun con el terror de permearse la plaga en los vasos comunicantes de una cacha perseguida. Pero sólo la culpa queda como gusto y los amantes casi no se despiden, cuando se van especulando el prontuario sexual del otro. Pensando, y si antes que yo, y si meses atrás, pero me lo habría dicho, o no me lo dijo porque ya lo tiene. Por eso no le importó hacerlo sin condón. En la tele repiten a cada rato que no hay que dejarse tentar. El sexo seguro o la abstinencia. Hay que hacer deportes o *futting* y olvidarse de esas noches en que la lujuria llama con cara de luna sidosa.

Así, la empresa visual permea su erótica plastificada en el abanico de las comunicaciones, sembrando la desconfianza y el miedo al tacto sin guantes. Una política voyeur de reemplazo al sexo, que se mira y no se toca, invade la atmósfera cosmopolita. Un mensaje subliminal dirigido a través de la moda, luce un stock de cuerpos jóvenes que introducen la mercancía. Nos llegan a la retina los chispazos de sudor spray, que baña al mocetón que publicita un jean con todo el aparato tropical al alcance de la mano. De esta manera observamos un recambio en el objeto sexual, generalmente femenino, reemplazado por un púber agresivo con arito de diamante en el lóbulo. Este mancebo aparece mostrando tajadas de nalgas y rajaduras de muslos, como si viniera saliendo de una violenta bacanal. Como si los arañazos sexuales dejaran a medio camino el empelotamiento o los jirones de jeans que se salvaron de la violación (simulada) en el estudio Levis.

También la fábrica Lee se apasiona en este cambio de modelo. Los botones reforzados del marrueco suplen la frágil cremallera. Como resguardando el aparato genital, o más bien, lo encarcelan en el logo estampado a fuego de los broches.

Esta misma publicidad erecta los Twin Peaks, poniéndoles jeans a sus desnudas moles de cemento. Así, el jeans pasó a ser un profiláctico urbano que acondona la ciudad con su calipso estriptisero.

CHILE MAR Y CUECA *(o "arréglate, Juana Rosa")*

Apenas calentándose la atmósfera del freezer invernal, recién dejado atrás el mortífero agosto que pasó arrastrando el poncho sobre el terror de los viejos, la primavera se nos viene encima con otro septiembre cuajado de chilenidad cocoroca, que serpentea el aire con resplandores de aromos y nubes rosadas de ciruelos.

Una chilenidad chorreada en almíbar de abejas, que se etiqueta como "dulce patria" o mermelada nacional. Como ese algodón de azúcar que los niños comen en el parque O'Higgins, que se pega a los dedos y la

cara con la tierra suelta del zapateo milico de la parada. O el sudor de la gorda que aliña el pino de las empanadas con la charcha suelta del antebrazo, mientras limpia los mocos de la guagua que se raja llorando al compás de la huifa y la payasá. Más bien del merengue y la salsa que reemplazaron el aburrido baile nacional, que ya no es un baile, sino una matemática coreográfica para la televisión. Una aeróbica encuecada que multiplica en rodeos y acosos el gesto macho de la dominancia sobre la mujer.

La cueca es una danza que escenifica la conquista española del huaso amariconado en su trajecito flamenco. Un traje dos piezas, lleno de botones, que hace juego con las botas de flecos y taco mariposa. El huaso de latifundio que se apituca coqueto con la chaqueta a la cintura para mostrar el culito. Un quinchero que corretea la china hasta el gallinero. Y la china es la empleada doméstica que dejó sus trenzas en la noche de Temuco. La china es la nana como le dicen los ricos a la niña de mano, para no decirle "arréglate, Juana Rosa, que te llegó invitación". Le dicen niña de servicio porque el Dieciocho tendrá que atender a tanta visita y no la dejarán ponerse el carmín y juntarse con su prenda, para dar una vuelta por las ramadas del parque. A lo más, una empanada rancia que va a masticar sola en su minúscula pieza, acariciando las flores chillonas de su pollera de lycra y el chaleco blanco y los zapatos con tacos que alargarían sus piernas rechonchas. Su candor morocho de dieciocho años, que éste y todos los dieciochos patrios se pudrirán en la misma servidumbre.

Así, las fiestas nacionales arremeten con su algarabía de piñata multicolor. Así, los fonderos arriesgan las chauchas en un negocio que a veces se hace agua con la lluvia que arrastra en su corriente los remolinos dorados, los volantines chinos, los sombreros mexicanos de cartón y las banderitas plásticas, que se destiñen como las ganancias esperadas en la apuesta de septiembre.

Aun así, entre el barro y la sonajera de parlantes" que chicharrean con gárgaras de agua, mientras más llueve, más se toma. En realidad, un salud no tiene excusa y entre deprimirse pensando que se es un obrero con sueldo mísero, que ni siquiera se puede compartir el Dieciocho con la pierna, la Juana Rosa que se quedó trabajando, limpiándole el vómito a los patrones. La Juana Rosa que debe estar tan sola en la jaula de su pieza, con su corazón entumido de pájaro sureño, mientras Chile se desraja carreteando. Y entre eructos de cebolla y el fudre vinagre de las pipas de chicha con naranja, seguimos chupando hasta morir. Más bien, hasta olvidarse de la chilenidad y su manoseo oportunista. Olvidarse del cacho de chicha compartido que une en una baba tricolor, la risa del Presidente con la mueca irónica del Capitán General.

Se toma para olvidar otros septiembres de pesadilla, otras cuecas a pata pelá sobre los vidrios esparcidos de la ventana quebrada por un yatagán. En fin, se sigue anestesiando el recuerdo con la bebida, hasta que los cuerpos que se cimbrean en la pista con el "muévelo, muévelo", se

confunden en el vidrio empañado del alcohol. Y de tanto ver tetas y caderas en el aserrín del ruedo, el cuerpo pide un meneo. No importa cómo se baile, solamente entrar en la marea mareada del *dancing* popular. Participar en la fiesta de la ramada rasca que se va llenando de mirones, como su vejiga a punto de reventar si no desagua. Y entre permiso y permisito, sale a la intemperie fría de la madrugada y detrás del entablado de las fondas, suelta el chorro espumante que hace coro junto a la hilera de pirulas hinchadas de tanto festejo. Y a su lado alguien, al parecer un jovencito le pregunta: "¿Se la sacudo?" Y él está tan solo y amargado este Dieciocho que no lo piensa y le hace un guiño afirmativo con la cabeza. Y el jovencito se cuelga de la tula como ternero mamón, le provoca una ola de ternura que lo hace acariciarle las crenchas tiesas del pelo, despeinándolo, en un arrebato eyaculativo que murmura: Toma, Chilito, cómetelo, es todo tuyo."

Y mientras zumba la cumbia y el acordeón guarachea el "mira como va negrito", y los pitos apresurados se fuman en un deslizamiento de brasa que ilumina fugaz las caras de los péndex, él cae rodando por la elipse del parque en un revoltijo de guaripolas, anticuchos, cornetas y pósters del Papa, la Verónica Castro, el Colo Colo, Santa Teresa y cuánto santo canonizado por el tráfico mercante de la cuneta. Y allí queda tirado en el pasto, con el marrueco abierto que deja ver la tula plegada como una serpentina ebria. Sin un peso, porque el duende libador le afanó todo el sueldo como pago de sus servicios.

Estas fiestas son así, un marasmo efervescente que colectiviza el deseo de pertenencia al territorio. Ser al menos un pelo de la cola del huemul embalsamado. O la puntita de la estrella, cualquier cosa que huela a Chile para sentirse tranquilo y comerse la piltrafa de asado que humea rara vez al año en los patios de las poblaciones. Para estas fechas, estucan de color el semblante tísico de sus fachadas y adornan con guirnaldas el jolgorio polvoriento de los pasajes.

Un permiso de felicidad para la plebe, que flamea en los trapos mal cortados de sus banderas. Como si en ese descuadre geométrico, la proporción del rojo proletario amoratara el fino azul inalcanzable. Como si la misma ebullición púrpura emigrara al blanco, rozándolo en un rosa violento. Un ludismo que transforma los colores puros del pabellón en tornasol manchado por el orín de las murallas.

Pareciera que la misma orfandad social se burlara de esta identidad impuesta, contagiada por tricomonas oficiales. Como si el Estado tratara inútilmente de reflotar en estos carnavales patrios la voz de una identidad perdida entre las caseteras Aiwa que cantan en la esquina con lirismo rockero, ronquera de arrabal o llanto mexicano.

Una supuesta identidad borracha que trata de sujetarse del soporte frágil, de los símbolos, que a estas alturas del siglo se importan desde Japón, como adornos de un cumpleaños patrio que sólo brillan fugazmente los días permitidos. Y una vez pasada la euforia, el mismo sol de septiembre empalidece su fulgor, retornando al habitante al tránsito de

suelas desclavadas, que un poco más tristes, hacen el camino de regreso a su rutina laboral.

TARÁNTULAS EN EL PELO

Como desprendidas de una revista de modas, las peluquerías son páginas capilares que exhiben en sus vitrinas el look de cabezas escarmenadas, aflautadas o reducidas según la jibarización del peluquero. Así, la artesanía del pelo diseña un mapa comercial que conecta en trenzas de desecho los deseos sociales de parecer otro, de querer ser igual a la muñeca Barbie que lee noticias por televisión sin que se le mueva un pelo, aunque estalle por los aires el golfo Pérsico.

Toda una suerte de estereotipos recoge el estilista en catálogos importados y revistas jetseteras, poses hollywoodenses y calcos famosos que desplaza de su glamour a la cabeza de sus dientas. Pero es él quien se mira en la faz ansiosa de las mujeres que engalana. Es su fantasía de diva, mujer fatal, Quintrala o ninfa adolescente que reparte por la ciudad en un desdoblaje de semblantes.

Detrás de la imagen de mujer famosa, casi siempre existe un modisto, maquillador o peluquero que le arma la facha y el garbo para enfrentar las cámaras. Una complicidad que invierte el travestismo, al travestir a la mujer con la exuberancia coliza negada socialmente. Cada mujer tiene en su peluquero un amante platónico, un consejero o pañuelo de gasa que seca sus lágrimas y levanta su ánimo, en una suerte de terapia engatusadora que recubre el demacre con la madre cosmética. Transformándose en una *mater* de manos peludas, que revierte su Edipo homosexual en la ternura del masaje al cráneo femenino. Con máscaras y menjunjes a la placenta, a la mosqueta, a la tortura de estirados, zangoloteos de celulitis y papadas sueltas. En la vida todo tiene arreglo, mi reina, le repite incansable a todas las mujeres que se entregan a sus dedos de tijera.

Al final hasta la más fea sale a la calle con paso de Miss Universo, luciendo una cara prestada y una mezcla de estilos que confunden su biografía. Y camina toda almidonada mirándose de reojo en las vidrieras. Sin poder asumirse con ese alero de chasquilla o reírse de ella misma, porque al menor gesto la máscara Angel Face se le cae a pedazos. Y no mira a nadie sintiéndose como un travestí en el Vaticano, pensando en que la ciudad entera se ríe de ella, sobre todo el cola que le aforró feroz palo de cuenta, sumando el nombre francés de los productos usados y que ella

esta segura los compra en el mercado persa, o donde los chinos que reproducen hasta el vértigo del Empire State.

Y ella, aunque se jura no volver a caer en la seducción del halago coliza y no entrar jamás en esos salones plateados y negros con un cafecito y peceras con dulces y espejos y gomeros plásticos, sabe que volverá el próximo mes a cortarse las puntas solamente. Sabe que sucumbirá en esa danza de manos tarántulas sobre su cabeza, porque la loca la escucha o hace que la escucha, da lo mismo, total ella no tiene a nadie a quien contarle sus secretos, sus escapadas con un amante joven que la hace bramar de gusto cuando el fósil de marido no está.

El peluquero es su confidente y a veces también le cuenta que él se pega sus relinchos. Aquí mismo, en el baño de la peluquería, mi linda, aunque usted no lo crea. Que un corte para un chico que se va al servicio militar y no tiene plata, que yo le digo que todo se paga de alguna forma y después de pensarlo el niño se acomoda frente al espejo y se entrega al revoloteo de arañas que juegan con sus mechones rebeldes. El péndex deja que los dedos le masajeen el cráneo, la nuca y el cuello. Arácnidos de patas velludas que se descuelgan por finas telas hasta los hombros y más abajo soltando los ojales de la camisa. Manos felpudas que se camuflan en la selva del tórax, dedos peluches que siguen bajando en lianas hasta el cráter del ombligo. Pero antes de atrapar el gusano erecto, el péndex reacciona y le quita las manos, le dice que se chante. Primero córtame el pelo y después te hago feliz tocando la corneta. Entonces el negocio del pelo es pura pantalla, mi linda, nada más que pagar cuentas, surtir el stock y comprarse pilchas para ir de sábado en sábado a la disco. El resto de la semana correr de cabeza en cabeza, atender a una rubia y recomendarle el casco dorado con flequillo a lo lady D, garantizándole una corona o banda presidencial, porque su ángulo perfilado o el contorno ario de su barbilla y las celestiales pupilas refrigeradas a lo Tercer Reich y todo eso, preciosa, la facha elegante y semimasculina para imponer respeto. Después llega una vieja a la que se le ocurren visos y hay que ponerle un gorro de goma color piel, con agujeros por donde se sacan mechones de pelo para decolorarlos. Entonces la señora luce como una medusa sidosa, raleada por el deseo de iluminar de rayos su vejez. Porque ella quiere ser rubia, blanquear el cochambre oscuro de su cara con el tono castaño miel que le recomienda el peluquero, así, mi linda, su "tostado natural" se verá más luminoso. Como Celia Cruz, ¿te ubicas?

Pareciera que la alquimia que transmuta el barro latino en oro nórdico, anula el erial mestizo oxigenando las mechas tiesas de Latinoamérica. Como si en este aclarado se evaporaran por arte de magia las carencias económicas, los dolores de raza y clase que el indiaje blanqueado amortigua en el laboratorio de encubrimiento social de la peluquería, donde el coliza va coloreando su sueño cinematográfico en las ojeras grises de la utopía tercermundista.

El mapa urbano de las peluquerías también delata el estatus de su clientela en la elección del nombre. Peluquerías de barrio lucen apodos

gastados en su grafía sencilla. Letras manuscritas entre rosas y corazones se leen con voz de vecina como Carmencita, Iris, Nelly, Rita, Fany, etc. Un travestismo doméstico del nombre se poetiza en el chancleteo de dar vuelta la esquina y a media cuadra, al lado del almacén, encontrarse con el mediopelo del salón de belleza. Así fuera una portada de magazine viejo, donde la moda se batió en retirada sepiando el último mechón enlacado de la novia que sucumbió en la cocina grasienta del matrimonio obrero. Pareciera que estas peluquerías calvas develaran la memoria de sueños chascones y utopías despelucadas por el temporal neoliberalista. Como si en el retraso agónico de sus aparatos se descamara el nacarado de la fiesta interrupta, apenas soñada, imaginada bajo los secadores de níquel, hoy escafandras mohosas bajo el mar acrílico de la modernidad y sus electrodomésticos de lujo. Peluquerías pobres, encaneciendo bajo el polvo que agrieta los utensilios. Aureolas de humedad revienen las fotos añejas, pegadas en las murallas, encrespadas con palitos y tubos que ya no se usan, pero sin embargo siguen esperando a la pobladora que insiste en hacerse la permanente, lavarse el pelo con quillay, usar crema Lechuga y pintarse los labios morochos con el rouge ordinario que los aputa desangrados.

Salones de belleza que emigran a los caracoles del centro, cambiándose el nombre y el estilo en un reguero de pinches y orquillas. Como si el reemplazo de los cachureos por los aparatos taiwaneses dejara a medio camino la peineta de cola o la apariencia del peluquero, que ahora bajo el neón ya no se llama Margot, sino que le dicen Juan Alfredo, José Pablo, Luis Alberto. Y le piden hora por teléfono: ministras, diputadas y primeras damas que embetuna complacido, agregándole a escondidas el detalle coliza de su firma.

De esta manera los peluqueros que decoran el orgullo femenino de la belleza acentúan perversamente los tics de la hipocresía social en apariencias suntuosas que al relajarse se develan. Como si de esta forma deslizaran una venganza por el enclaustramiento que los somete a este tipo de oficios decorativos. Labores manuales que por sobre la opción personal o frivolidad de loca, los encarcela en las peluquerías por negación a la educación superior. Profesiones que están signadas de antemano en el lugar que el sistema les otorga para agruparlos en un oficio controlado sin el riesgo de su contaminación. Aun así, las manos tarántula de las locas tejen la cara pública de la estructura que las reprime, traicionando el gesto puritano con el rictus burlesco que parpadea nostálgico en el caleidoscopio de los espejos.

CENSO Y CONQUISTA *(¿y esa peluca rosada bajo la cama?)*

Uno de los primeros censos de población en América los realizó la Iglesia Católica en plena Conquista. A medida que la masacre colonizadora arrasaba con los poblados indígenas, los jesuitas iban recogiendo para la Corona todo antecedente que pudiera armar un nativo americano ante la rectoría española. Un perfil descoyuntado por la estadística, rasgos del Nuevo Mundo desmembrados por la voracidad foránea de agrupar en ordenamientos lógicos y estratificaciones de poder el misterio precolombino.

Antes que la empuñadura europea y la cuadratura de sangre, otros eran los índices de medición en que rodaba la cosmología prehispánica. Los calendarios de piedra giraban en ciclos de retorno y centrífugas de expansión, en estrecha analogía con los períodos de fertilidad, sequía o quietud.

La noción tiempo dependía de otros parámetros más relacionados con un rotativo cíclico que con una numerología cuántica. Los indígenas se sorprendían ante las preguntas clericales revestidas de dominación y de cierta morbosidad blanca. De que cuántos coitos semanales. De qué número de masturbaciones al mes. De cómo vivían tantos en una misma choza. De qué pecados capitales se sumaban en las cuentas de vidrio de los rosarios. De qué cantidad de oraciones y "padrenuestros" debían rezar para ser absueltos. De cuántos metros cuadrados de oro pagarían como tributo. En fin, ante esta avalancha de acoso, los indígenas contestaban sin la matemática de la pregunta, más bien compareciendo como acusados, confesos de poblar su territorio con las prácticas propias del habitat nativo. Contestaban ocho u ochocientos por decir algo, por la posición de los labios al recircularse en ocho. Decían mil por el campanilleo de la lengua aleteando como un insecto extraño en el paladar. Elegían el tres por el silbido del aire al cruzar sus dientes rotos. Murmuraban seis por el susurro de la "ese" en la lluvia benefactora sobre sus techos de paja. El sonido del número por su equivalencia cuantificadora, por la relación oral que establecían entre pregunta y acto de responder. Desviando elípticamente el ítem paralelo de la encuesta, fugándose de la interpelación con una aparente idiotez que desbarataba los cálculos góticos de los misioneros. Los indígenas ocupaban el viejo arte del camuflaje para defenderse de la intromisión, alterando la rigidez del signo numérico con la semiótica de su entorno.

De esta forma, las encuestas y censos en América proclamaron ante la sociedad burguesa europea la vida amoral y promiscua de los habitantes de esta parte del mundo. Una evaluación de salvajismo interpretada por el clero y la monarquía, que calentó los ánimos evangelizadores de las futuras campañas del descubrimiento. A tantos herejes, tantos sables, a tantos animales, tantas jaulas.

Años pasaron y hoy nos enfrentamos a un censo de población que nuevamente tiene por objetivo enumerar las prácticas ciudadanas. Supuestamente para ajustar los índices de carencias con el desarrollo de la economía. Otra vez la gran visitación con el atuendo de asistente social se sentará en la punta de la silla. Y espantando las moscas se mojará los labios con el té descolorido de la única taza con oreja. Preguntando cuántas camas, cuántos trabajan y los que no, de qué se las arreglan. Y esa hija de 18 años que detrás de la cortina espera que se vaya la señorita para que no le vea el patinaje violáceo de las ojeras. Y esa peluca rosada que la madre esconde cuando hace pasar a la señorita a la pieza del hijo que trabaja en el norte. Contando la maravilla de regalos que le manda de Iquique, mientras empuja disimuladamente los tacos altos debajo de la

cama. Mostrando la radio de doble casetera y la tele a color. Sacando un sartal de chucherías de la Zona Franca que jamás se usarán por el miedo a ensuciarlas. La madre que acaricia la marca plateada del refrigerador, vacío de alimentos pero embarazado de cubitos de hielo.

El súper censo como oso hormiguero mete su trompa en los pliegues mohosos de la pobreza, va describiendo con pluma oficial la precariedad de la vivienda. Que si los muros son de cemento o barro con paja. Que si es baño o pozo séptico. Y si es baño, por qué el water se rebasa de cardenales como maceta greco-romana en el patio. Y si la casa venía con cocina, por qué la usan de velador y hacen fuego con leña. Y por qué habiendo tanta información las guaguas se multiplican como los perros. Y los perros y gatos en qué parte de la encuesta se contabilizan, porque niños y animales se confunden bajo la misma capa de alquitrán, bajo el mismo trapo sudoroso que cubre la miseria. La cortina que se cierra bajo el delantal de la madre tapando el paquete de marihuana, la movida del hijo menor que le va tan bien trabajando con un tío desconocido que le compra zapatillas Adidas y lo viene a dejar en auto. La otra parte del presupuesto familiar, el negativo del censo que no tiene casillero, que se enmascara de azulada inocencia para el ojo censor. Y hasta se derraman cataratas de llanto cuando hay que contar el tango a la visitadora. Hay que ponerse la peor ropa, conseguir tres guaguas lloronas y envolverse en un abanico de moscas como rompefilas, para evitar los trámites del sufragio.

De esta manera, las minorías hacen viable su tráfica existencia, burlando la enumeración piadosa de las faltas. Los listados de necesidades que el empadronamiento despliega a lo largo de Chile, como serpiente computacional que deglute los índices económicos de la población, para procesarlos de acuerdo a los enjuagues políticos. Cifras y tantos por ciento que llenarán la boca de los parlamentarios en números gastados por el manoseo del debate partidista. Una radiografía al intestino flaco chileno expuesta en su mejor perfil neoliberal como ortopedia de desarrollo. Un boceto social que no se traduce en sus hilados más finos, que traza rasante las líneas gruesas del cálculo sobre los bajos fondos que las sustentan, de las imbricaciones clandestinas que van alterando el proyecto determinante de la democracia.

Acaso herencia prehispánica que aflora en los bordes excedentes como estrategias de contención frente al recolonizaje por la ficha. Acaso micropolíticas de sobrevivencia que trabajan con el subtexto de sus vidas, escamoteando los mecanismos del control ciudadano. Un desdoblaje que le sonríe a la cámara del censo y lo despide en la puerta de tablas con la parodia educada de la mueca, con un hasta luego de traición que se multiplica en ceros a la izquierda, como prelenguaje tribal que clausura hermético el sello de la inobediencia.

LA MÚSICA Y LAS LUCES NUNCA SE APAGARON

Como cualquier sábado que pica la calle por darse un reviente, un pequeño placer de baile, música y alcohol. Por si aparece un corazón fugitivo reflejado en los espejos de la disco gay. Cuando todavía es temprano para una noche porteña, pero el loquerío está que arde en la Divine, batiendo las caderas al son fatal de la Grace Jones. Esa africana de lengua ardiente que nos lleva por "la vida en rosa" de la costa francesa, en un auto sport tapizado de armiño. En la fantasía coliza de soñarse jet set en Marbella o Cannes, bailando la misma música, salpicadas por las mismas luces, juntando las monedas para otra piscola y no deprimirse viendo el sucio puerto y sus latas mohosas. Otra piscola para el cola recién bañado en su nube Old Spice. Otra vez la Grace por favor, para lucir en la pista el jeans Calvin Klein de la ropa americana, que bien planchado parece nuevo. Sobre todo en la oscuridad estrellada por los focos. Que la música y las luces nunca se apaguen, que no lleguen los pacos pidiendo documentos, que nada ocurra esta noche mágica que parece año nuevo. Que siga el dancing y las piscolas locas corriéndose mano en el rincón. Por eso nadie se da cuenta del olor a humo que sube la escalera, que hace toser a una loca con asma, que dice que tiene asma de losca. "Que se quema el arroz", grita alguna. Y las ensaladas también, niña, pero la música y las luces nadie las apague; ni siquiera la bomba incendiaria que un fascista arrojó recién en la entrada. Ese resplandor amarillo que trepa los peldaños como un reguero de pólvora, que alcanza las plumas lacias de los travestis inflamando la silicona en chispazos púrpura y todos aplauden como si fuera parte del show. Total la música y las luces no se apagan y sigue cantando la Grace Jones, por eso nadie lo toma en serio. Como darse cuenta de que la escalera de entrada se derrumba en un estruendo de cenizas, si el sonido es tan fuerte y todos sudan en el baile. Qué más da un poco de calor si las locas están calientes atracando y al gritito de: "Fuego, fuego", no falta la que dice: "¿Dónde? Aquí en mi corazón". Pero en un momento el chiste se transforma en infierno. Como si la música y las luces acompañaran la escena dantesca que arde a puerta cerrada. Con demasiado calor para seguir bailando, demasiado terror para rescatar la chaqueta Levis en el guardarropía. Atrapados en el choclón de locas gritando, empujando, pisando a la asfixiada que prefiere morir de espanto.

Buscando la puerta de escape que está cerrada y la llave nadie sabe. Entonces a los baños dice alguien que lo vio en una película. Atravesando la pista encendida entre las brasas de locas que danzan con la Grace y la música que sigue girando. Pisar las vigas y espejos al rojo vivo que multiplican la Roma disco, de Nerón Jones, atizando la fogata desde los parlantes. Sin mirar atrás las parejas gays calcinadas en los carbones de Pompeya. Encontrar los baños para refugiarse en el frío falso de los azulejos plásticos. Como si en último momento se eligiera el lugar del placer, recordando chupeteos y escenas de fragor, reviviendo en la emergencia la humedad sexual de los baños del Cinelandia. Más bien abrir todas las llaves de los lavamanos, pero la gota mezquina que sale está hirviendo y el humo ahorca la garganta en un asma de losca que no quiere morir. Un asma de losca rasguñando las baldosas que estallan en lenguas ardientes. Y esa asma de losca quiebra los espejos para apagar al menos el reflejo del fuego. Encontrar una salida a una boca de oxígeno para su asma de losca sofocada que asma tanto la vida, que sabe que irá al infierno y quiere vivir como sea, quemándose las manos, encaramándose en los andamios del humo hasta encontrar una ventana en el tercer piso, tan alta, tan arriba. Con tanto público abajo esperando morboso que la loca se tire al vacío. Sobre esa multitud de curiosos que miran indiferentes los incendios. Decidirse a dar el salto, porque es posible que su asma de losca flote en el aire dorado que la quema. Atreverse ahora que la cola está ardiendo y el mar tan lejos es un vértigo de olas que la aplaude. Apenas un paso empujada por la hoguera que inflama el pelo en una antorcha. Un paso, sólo un paso en la pasarela de vidrio y el espectáculo de locas en llamas, volando sobre el muelle de Valparaíso, será recordado como un brillo fatídico en el escote aputado del puerto. Porque aun así, aunque la policía asegura que todo fue por un cortocircuito eléctrico, la música y las luces nunca se apagaron.

(Discoteque Divine, Valparaíso, 4 de septiembre, 1993)

"NOCHES DE RASO BLANCO" *(a ese chico tan duro)*

Como si dependiera de cierto filo a repartir en geometría de tajos sobre las líneas nevadas de los Andes. Algo así como la autopsia de la cordillera, la repartija del inocente buque manicero cargado de nieve-dólar, dirigido por el narcotráfico hacia nuestra costa. Nuestro mar que tranquilo se deja penetrar por el rigor mortis de la diosa blanca.

La cocaína es una dama de hielo con guantes de seda y cucharilla de plata, fiel acompañante de los caperuzos internacionales que no encuentran en Santiago la suite con helipuerto, jacuzzi, palmeras de jade, pisos de nácar y un mancebo de ébano (en peloticas) para jalarle la tula.

Cosas así, excentricidades y fantasías de leopardo, llaman la atención en este país acostumbrado al drapeado lacio de la ropa americana y al Taiwán fosforescente de los mercados persas. A lo más, una orquídea sintética en la solapa del chico *under,* que resbaló en el raso blanco de sus noches de tráfico por Plaza Italia. De sus cancheras incursiones al baño de un bar a empolvarse la nariz o pintarse los labios con el rouge rígido de la taquilla. Pero él no es la Estefanía de Mónaco que puede declararse amante de la cocaína a toda raja. Tampoco vive en el castillo Grimaldi, que en esta lengua de barro es el escombro del terror, la inocente villa de Peñalolén, cárcel de la DINA, donde tantas veces la misma diosa miró por los ojos de los torturadores el esplendor dantesco de los

voltios. Pero esas noches de raso fúnebre no son un buen referente para la memoria speed de los adictos democráticos.

La diosa no tiene ética, su itinerario lo demarca el vaivén del poder. Un billete dólar la puede transportar en la charretera de un uniforme castrense, como en el pañuelo que engalana el terno de un parlamentario, que se pega su aspirada en un rincón del Congreso, para resistir los fatigosos debates sobre la ley antidrogas.

La diosa tampoco tiene corazón, su beso es un roce nasal en labios de mármol. Apenas el rastro de un segundo en que el polvo te amarga la lengua y todo empieza de nuevo, adiós a la fatiga del trasnoche. Pareciera que un doble de cuerpo te reemplazara en la electricidad del carrete. Un otro que es capaz de salsearse la noche cantando "Ojalá que llueva coca en el campo".

Apenas un gramo en diez lucas, el billete grande que aureola la cabeza de la diosa y la vende como la prostituta más cara de la ciudad. La ramera más requerida, que sospechosamente espolvorea los bolsillos rotos de la clase media. Algo así como abrir mercado, reclutar una manga de péndex cargados al reviente como promotores del jale. Un contingente de jóvenes utilizados por los guatones que mueven el negocio, va sembrando la amarga obsesión, capturando futuros clientes con el eslogan "El primero te lo regalo, el segundo te lo vendo".

Pobres chicos soñadores que en el momento menos pensado les cae la dura, la mano pesada de la ley sin el guante de seda. Entonces, los peces gordos se fugan a Miami y dejan a la diosa travestida de legalidad para que los niegue mil veces. Los deje solos, oxidando sus cortos años tras los barrotes, como material desechable en el tráfico de la vitamina C, el petróleo blanco del mercado.

Esta red de energía marca el pulso de los sistemas de producción. Un laboratorio de la pasta que también procesa los cuerpos tercermundistas, estrangulados por la cinta blanca que mueve los engranajes del poder. Un mecanismo que de vez en cuando moraliza su hipocresía de consumo y apunta siempre al más débil. Un chivo expiatorio que hace unos años fue Maradona, fetiche futbolístico elegido como cuerpo de castigo por su osadía de roto gozador de placeres burgueses.

Más allá del consumo ancestral, que en el altiplano está incorporado a sus costumbres por milenios. Más allá del uso creativo de la coca en editoras publicitarias, fiestas de gerencia, pubs, night clubs, sets y discoteques. Más allá de su justificación productiva e incluso la dosis social del músico, mozo o estriptisera; que necesitan el gramo para sobrevivir a la catalepsia laboral de su oficio. Más allá de todo eso, la maratón sociocultural de la aspirada promueve cierta lucidez que agota en la hiperacción su máxima latencia. Una forma de duplicar la resistencia según la demanda neoliberal como impulso del mercado. Sin la menor fantasía que no dependa de su política de sobregiro, de la necesidad angustiante de dilatar el momento, el toque, el ahí nomás, la boca seca, las ganas de atravesar una puerta de vidrio con el ímpetu que lleva, o

rebanarle el pescuezo a la abuelita por quitarle la polvera. Sólo por un minuto más en ese estado de triunfo, de esplendor manchado a veces por la nariz sangrante.

Mañana siempre es otro día, un vasto abismo donde nada motiva. Una pálida náusea que rodea el bajón de la amanecida. Porque el papelillo chupado y relamido, ya no sostiene la identidad farsante que chispeaba anoche en la línea de tiza repartida entre los amigos. Tampoco hay un pito para pasar el asco de vivir dependiendo de una felicidad en gramos, una felicidad goteada en la lluvia del arco iris traidor. Afuera, la ciudad aumenta la depresión con el peso plomo de su aire. La ciudad se levanta en torres de aluminio y hoteles estrellados para la fantasía del transeúnte, que mira boquiabierto el cielo repartido en los espejos de las habitaciones vacías. El cielo espejeado en las fuentes de agua donde se lava la plata. Las piscinas de las terrazas donde se enjuagan las manos los columbos, los parientes pobres de la familia colombiana, los más sucios. Aquellos que con sonrisa de película yanqui acosan a los chicos burros que la venden y le agachan la cabeza al padrino con un billete arrugado bajo la manga.

En fin, la visita de la dama blanca siempre deja un excedente de fatalidad, sobre todo en esta democracia, que es una tortilla del placer neoliberal que se cocina en los rescoldos minoritarios. Además, sólo nieva en el barrio alto y cuando caen unos copos en la periferia, matan pajaritos.

EL RESPLANDOR EMPLUMADO DEL CIRCO TRAVESTI

Gran paraguas de lamé esta fantasía morocha que recorre los barrios, que de plaza en plaza y de permiso municipal al sitio eriazo hace estallar la noche en la carcajada popular de la galería. Cuando la loca de la cartera tropieza, se le quiebra el taco, parece caer y no cae corriendo,

encaramándose en los tablones de la galera, persiguiendo su cartera que vuela de mano en mano abriéndose, desparramando un chorizo de sostenes, medias, calzones, agarrones y gritos en la fiesta de la carpa travesti.

Así desfilan por la pista iluminada las divas que fueron grito y plata en otras primaveras. Las súper novas del transformismo, las mariposas nómadas, que dejaron un rastro de lentejuelas y amores de percala colgado frente al ojo turbio del océano.

Hace unos cuantos años, Timoteo travistió al payaso e inventó este circo en algún cerro de Valparaíso. Con un mono raquítico, un lanzallamas defecando fuego, un trapecista epiléptico, y unas cuantas palomas que giraban en un carrusel. Pero el espectáculo seguía siendo triste; y las palomas eran aves grises y aburridas que tuvo que reemplazar por otros pájaros de corazón más violento. Una *trouppe* de travestis semicesantes y maltratados por el tornasol opaco de los años. Una cabalgata de la nostalgia que lampareó desde su ocaso la chispa multicolor del Hollywood tercermundista que necesitaba el espectáculo.

Desde entonces la Fabiola de Luján, el cetáceo dorado de la noche, adormece con su bolero la difícil existencia de los espectadores. Desde entonces el/ella, desbordante en su paquidermia, va rifando la botella de pisco equilibrada en las agujas de los tacos. Va ofreciendo los números mientras trepa la escalera de tablones entre la gente, contestándole al que le grita guatona, que ella con su guata se fabrica unas exuberantes tetas. "Y vos con esas bolsas entre las piernas no hacís na". Entonces estallan las risas y entre talla y talla las familias pobladoras se olvidan de la miseria por un rato, después se van a sus casas soñando con el resplandor emplumado del trópico latino. Como si el ladrido de los perros redoblara en la asfixia de esos tierrales el eco de una queja en maricovento de rumba, en megáfono mariposón que salsea la Rosa Show trinando "así papito", como un colibrí en el lodo. Como si el charol impostado de esa voz masculina fuera el bálsamo suavizante del dolor pobre, y no importara su carraspeo de laringe sucia en el sube y baja de la nuez del cuello afeitado que repite: "Por qué se fue"..."Tú lo dejaste ir"... "Ahora nadie puede apartarlo de mí".

Así corre la fiesta entre los mambos de la Vanessa agitando las perlas de su bikini en la cara del algún obrero, las cabritas que venden las propias luminarias y los rugidos de un puma coliza, que tiene el circo para animar la matiné de los domingos. Un día en la semana que el travestismo se saca el rouge de los labios, para convertirse en hada madrina de la infancia deshilachada por la desnutrición.

De esta manera la fama del circo Timoteo ha atravesado los márgenes, y del mito folclórico, camuflado en el óxido de sus timbales, el chisme social lo lanzó al estrellato. Las filas numeradas de la platea, generalmente vacías, se fueron copando de un público menos moreno que bajando de sus barrios pudientes, abarrotan las noches de sábado el hongo viciado de la carpa. Otra clase social redobla el perímetro de la

pista, tratando de apropiarse de una latencia suburbana que no les pertenece. Estacionan sus autos Lada en el barro y sujetan sus carteras y abrigos con el terror de ser asaltados en estas latitudes. A veces llueven fotógrafos y periodistas que invaden con su ojo voraz la intimidad de las carpas, ofreciendo esto y aquello, con tal de captar en sus cámaras taiwanesas el desborde genital que devela el fraude plateado de la diva.

Así de viernes y sábado con funciones repletas, un día llegó el contrato para hacer una temporada en un conocido teatro de Santiago. Entonces el camión de Timoteo, cimbrándose cargado de pilchas, replegó la falda de la carpa, y enfilando hacia el centro tomó por la Alameda, y después por calle San Diego, hasta detenerse bajo la marquesina del teatro Caupolicán, que encendió en mil ampolletas sus Águilas Humanas con el magnesio falso del travestismo. Pero al correr las funciones bajo el techo de cemento, la gran concha acústica del anfiteatro se fue tragando la precaria voz de la Rosa Show, imitándola burlesca en el eco infinito del espacio vacío. Al pasar el tiempo, se fueron dando cuenta de que algo no funcionaba en ese lugar grandilocuente. El público estaba tan lejos y a la distancia eran desconocidos. Hasta la Fabiola de Luján se veía minúscula en el centro de esa catedral. Y se fue enflaqueciendo día a día, marchita como las plumas lloronas a falta de tallas o piropos. Todo quedaba reducido en ese escenario tan iluminado y la loca de la cartera se cayó de verdad, y casi se quiebra la crisma encandilada por tanto foco. Bajo ese relámpago de fichaje, todo truco de cosmética se revenía en llagas y surcos por donde la pintura se descorría en lágrimas sucias, retornando la máscara glamorosa al payaso triste. El doble sentido del humor quedaba colgando en una interrogación absurda, que devenía en pifias y aplausos desanimados. Entonces cayeron en cuenta de que el detonante del show era el contacto directo con la familiaridad hacinada bajo la carpa. Por eso un día el camión con estrellas pintadas regresó por donde vino, alejándose del centro en un reguero de plumas mostacillas y costras brillantes.

Así el circo Timoteo sigue circulando en casi todas las poblaciones de la periferia, como una corriente de aire vital que se ríe libremente de la moral castiza. Un escenario de travestismo que se parece a cualquier otro, pero sin embargo, por estar confrontado a la penumbra del excedente social, se transforma en radiografía que vislumbra el trasluz de una risa triste. Mueca quebrada por el áspero roce que decora sus bordes. Un flujo que fuga lo precario en una cascada de oropeles baratos, donde las pasiones y pequeños deseos del colectivo se evacuan en la terapia farsante del arte vida, del taco plateado en el barro, del encaje roto, la pluma de plumero y los parches de la carpa donde se meterá el viento y la lluvia del invierno. Glamour entumecido que compite con el relámpago de la televisión y le gana, porque los vecinos entre engaño fluorescente y mentira conocida, eligen la dura tabla de la galera para jugar al insulto, que es revertido con la agilidad teatrera de la daga punzante. Así transforman la desventaja transexual en metales de aplausos, que los hacen volver una y otra vez al escenario para mariconear otro poco.

Por eso cuando la carpa se ha marchado, el sitio eriazo retoma su palidez de desamparo, la miseria no garantizada de vagabundos que encienden una fogata en espera del regreso de Timoteo. Como un saludo de brasas para sus reinas y una estrella de fuego para el cielo de su memoria.

COLEÓPTEROS EN EL PARABRISAS

De poner un pie en la pisadera y encaramarse al vuelo cumbiado de la micro. Más bien de entregarse a los tiritones de sus latas decoradas con el barroco picante de los fetiches familiares. Algo así como ponerle ruedas a la mediagua y traficar su estética chillona por los viaductos urbanos.

Casi un museo itinerante del kitsch doméstico que bambolea en el zapatito de guagua colgado en el espejo. Un cristal que perdió su función de vigilar, atiborrado de chiches y encajes nylon que enaguan el azogue de sus bordes. Quizás un marco chantilly para la letra porra de sus calcomanías que rezan beatas "Dios es mi copiloto". Como el pañito tejido a croché que cubre el asiento del chofer, enjugando el sudor ácido de sus verijas obreras.

Una forma de ambientar la travesía popular con el mismo floreado plástico que cubre "la humilde mesa". Sólo que en la micro las rosas plásticas parpadean con luz trashumante. Son guirnaldas pascueras o chispas *made in* Hong-Kong, que titilan opacadas por el fulgor de los neones en el cielo metropolitano.

Así las micros se extinguen en su caricatura de leyenda. Nuevas máquinas van reemplazando el gangoso ronquido de sus tarros. Pero aún es posible encontrar alguna destartalada Pila-Cementerio o Matadero-Palma, que amenaza desarmarse en cada zangoloteo de embrague. Sólo basta canjear la moneda por un boleto que asegura unidad coronaria al instante. Nunca se sabe lo que se paga; si la entrada a una discoteca ambulante o un safari en los pantanos del Zanjón de la Aguada. Solamente acomodarse en los asientos destripados por alguna gillette perversa y escuchar la música impuesta por el chofer, que se traviste en disjockey, piloto fórmula uno, o cobrador implacable de los que se suben por atrás sin pagar. Entonces chanta la máquina pidiendo que echen a correr la moneda, pero la moneda que venía pasando de mano en mano se perdió en algún bolsillo oportunista. Entonces el mismo chofer se transforma en ogro que echa espuma gritando que los chilenos son unos

huevones sinvergüenzas. Y usted, señora, córrase para atrás, le dice a la gorda que atascada en el pasillo no deja pasar a nadie. Aunque le digan que atrasito hay asiento, atrás hay un hueco. Más bien una loca que haciéndose la lesa, la que mira la numeración de las calles, se agacha cuando un macho pasa a su espalda. Un macho que la puntea fugaz y ella se queda muy quieta gozando la dureza. Pero el pasillo se llena y los que bajan reclaman y el macho se corre al hombro de una mujer sentada y le deposita el paquete.

Así pasan y pasan las calles en una filmografía que recorta la ciudad cuadro a cuadro, reproduciendo en su reverso de cristal empañado el rostro laboral repetido en un bostezo de agotamiento. El regreso a casa de los cuerpos, que colgando de los fierros, dormitan acunados por el vaivén gelatinoso de la rutina vehicular.

La micro es una lata de sopa que revuelve los intestinos. Un pastiche de eructos, flatos y peos que colorean el duro tránsito que se desbarranca a la periferia. Mientras bajan y suben pasajeros que en la desesperación por agarrar un asiento, no sienten la seda de una mano que despabila la billetera. En su histeria por acomodarse, no sienten el guante tibio que les horada los muslos. Más bien lo sienten y no hacen escándalo. Total un agarrón al paso no deja consecuencias. Un guante lascivo siempre es necesario en la ciudad, porque remece la frigidez y deja caliente el agua para el mate que se tomará en casa.

Por eso a la loca ya no le queda traste con tanta friega de mangos. Ya no le queda corazón en su repartija de cuerpo plural, que se entrega al roce y se despide en cada boleto que timbra la campanilla de bajada. Como si la fricción de esa huella erecta en el cachete se prolongara en un coito imaginario, en una fila de tulas que saludan su ano con un beso de debut y despedida. Como si pasara revista en un abrir y cerrar glúteos, llevándose el tacto punzante en su memoria flagelada.

Pero eso no basta, porque en el pasillo avanza un escolar que de verlo se le fuga el alma. Entonces se toma del pasamanos a la altura del marrueco y cada vez que el chico afirma el bulto la loca no respira. Más bien desfallece cuando se da cuenta de que el péndex no se quita, es decir, se refriega en sus dedos agarrotados. Y así mano y nervio, fierro y carne, loca y péndex, van agarrados de la misma fiebre, sujetos del mismo deseo clandestino que nadie ve. Ni siquiera el paco sentado que se hace el civil y no se da cuenta de la paja que le corren al estudiante en sus propias narices. O el caballero de sombrero jipi-japa que se pone lentes Rayban y abre la ventana por algún mal olor. Un rezumo a queso de pata o roquefort con hongos que lo hace ariscar la nariz. Y asomando la cabeza afuera absorbe una bocanada de aire frío. Más bien una ráfaga de viento en el manotazo del punga que le arranca los lentes, dejándole un arañón en la cara.

Pero estos incidentes no opacan el brillo de la fiesta micrera, por eso el caballero tiene que cerrar la ventana y soportar la fetidez que le ofrece la gorda en bandeja peluda sentándose a su lado. El fino caballero tiene que

bancarse esa música de burdel, ese "Todo, todo" de Daniela Romo que agita las cabezas con su ritmo maraco. Como si la micro fuera un wurlitzer rodante que liberara su pulso resentido en la fiebre del canto, que todos (menos el caballero) acompañan moviendo los pies bajo los asientos. Hasta la señora de los tres niños que, entre meterle la teta a uno, peinar al otro y aforrarle al tercero, le alcanza para entonar el "Todo, todo" mientras se reparte en mil manos que cuidan a la prole.

El "Todo, todo" musicante rebasa las penas de los obreros, que se permiten apoyar la cabeza en el vidrio para soñar a la Daniela Romo y enjugarle su zampa rumbera. Ese mismo "Todo, todo" anima al chofer que mete chala al acelerador y pega unos frenazos que pliegan en acordeón las charchas de la gorda sobre el caballero pituco, que disgustado se arregla el sombrero. Mientras sube un show peregrino de guitarras que opacan a la Daniela, con el metal destemplado de una garganta que trina lágrima pagana.

Así, canto y radio, balatas y velocidad, son un celaje cuando el chofer corriendo la largada con otro chofer enemigo de línea, se le confunde la ira con el sangramiento del semáforo y en un instante todo es semáforo. Todo es charco en la violencia del impacto. Todo es chispazo y ardor de huesos astillados. Todo es gritadera de auxilio; que saquen a los niños por la puerta de escape que se incendia. Todo es alarido y combustión cuando estalla la bencina y la puerta trancada no cede y entre los fierros retorcidos se asoma una mano despidiéndose. Como si en un momento el "Todo, todo" se hubiera hecho real en un todo de tragedia que reventó a la gorda como un zepelín sangriento. Una cachetada metálica que al caballero le voló el sombrero con la masa encefálica. Un todo de dolor que comprimió para siempre a la loca y al péndex en un abrazo de tripas al aire, justo cuando al chico le venía el chorro de perlas.

Todo fue traumatismo, pedazos de guagua, restos de guitarra y llamaradas de ambulancias y sirenas que aumentan el fuego, el "Todo, todo" del caset que sigue sonando, girando como un neumático que perdió la pista. Aun cuando la carrocería se despelleja en brasas que flamean en un último destello de nave vikinga.

Así, las micros se exilian en su desguañangada senectud. Buses aerodinámicos borran su carnaval ceniciento, trazan nuevas rutas sin riesgo y numeraciones codificadas que reemplazan la poética de los antiguos recorridos.

La ciudad estalla en una megalópolis apresurada para el sopor de estos paquidermos, que se alejan de la urbe tosiendo sus vapores mortíferos, reflejando en los vidrios parchados las cintas doradas de la modernidad.

LUCERO DE MIMBRE EN LA NOCHE CAMPANAL

Al sonajeo de campanas y relumbros dorados, la noche buena estalla en voladores de luces y cometas de fósforo que iluminan la ciudad como una pequeña Vía Láctea enredada en las crestas de los cerros. Así la urbe al fogonazo de diciembre se traviste de esquimal navideño cuando caen los

patos asados, en la cocina hierve cola de mono y las moscas atontadas por el calor se confunden con las pasas del pan de Pascua.

Mucho brillo y collares de luces para decorar el semblante mugroso de los edificios. Ornamentos que tapan de papel plateado las grietas y el hastío de los vendedores, que sueñan con la rosa de cinta del último paquete, para tomar la primera micro y aterrizar antes de las doce en la mesa familiar.

Mucho algodón, pompas de vidrio en el arbolito y la nieve de aislapol que amortigua el cansancio de la masa humana que nadando en marejadas de sudor y embelecos chinos, buscan el regalo preciso: la Barbie aeróbica, la embarazada, la que canta o recita a Shakespeare, la estilización tonta de la mujer, duplicada en todas sus poses burguesas. O las zapatillas con luces, que les sirven a la ley para detectar los desplazamientos juveniles. Como también el stock de las marcas de clase, que almidonan la caminada del chico que se quiebra con el jean Soviet, la polera Ellus y la bicicleta alpina para escalar rápido los sueños nevados del mercado arribista. El súper comercio del regalo, donde la elección está predeterminada por la propaganda colorinche y el flúor mágico del tráfico infantil. Todas las fantasías están encapsuladas en este kárdex navideño; el juego de video que hipnotiza a los niños matando monstruos karatecas, para que no jodan. Y no se olvide de la calculadora para el estudiante, que da la hora y la temperatura con la voz del Papa. Ni la tarjeta musical que al abrirla tintinea el estúpido ding dong bell o "María tenía un corderito".

Así, de "Buenas noches los pastores" y coros celestes que cantan aleluyas, la calle en estas fechas es un hervidero de adornos y viejos pascueros vivos que le muestran la placa de dientes a la Polaroid con la niñita entre las piernas. Ancianos jubilados que tienen trabajo una sola vez al año, cuando se representan a sí mismos babeando la arteriosclerosis en la barba postiza, en la imagen del viejo bonachón del Polo Norte que suda la gota gorda en su traje escarlata.

La noche navideña penetra los corazones con su saeta de mimbre, derramando el licor dulzón de la hermandad. El vino añejo de una fiesta que reitera el cumpleaños de la familia, con su letanía de buena nueva y odios viejos que se reparten a la medianoche, después que los ricos eructan el pavo con manzanas y los otros todavía chupan los huesos de pollo con ensalada de apio.

Un carnaval del espíritu que estruja el pecho en ondas de buena fe llamando al consenso. A mirar turnios la luz azul del pesebre, la narrativa empolvada del niño rey que nació pobre y pobre de él le cantan alharacos los arcángeles. Porque pasó la vieja para los pobres del mundo y el neoliberalismo dio a luz un nene rollizo con pañales Babysan. Un pesebre Nestlé de guaguas piluchas que exhiben su esplendor rosado en la paja de los dólares. Un mesías de plástico que reparte la cigüeña taiwanesa en los hogares de buena crianza, como único formato televisivo de niños dioses, niños triunfadores, niños tigres o cachorros de dragones que vienen asegurados por la dieta gorda de la diestra nacional. Como si esta

publicidad nutritiva fuera el reverso del carbón hilachento que a puros ojos sobrevive en África, colgado de la teta lacia del Tercer Mundo. Como si esta obesa representación del Mesías infantil opacara otros nacimientos. Otros niños quemados por los 25 watts del arbolito rasca. Niños que nacieron para otros perdidos discursos. Enanos moquientos, pendejos de la pobla que adornan un carretón como trineo. Gorriones polvorientos que se lavan la cara para recibir la pelota plástica en la junta de vecinos. Niños viejos que recorren la ciudad chupándose las vitrinas. Pequeños piratas del neoprén y la calle inmensa de la noche que sólo limita en la amanecida. Pobres pastorcillos de yeso que miran bizcos un punto vacío donde no hay ninguna estrella, ningún resplandor divino, solamente la mirada sucia de la calle.

Así también otros fulgores recorren la urbe en noche de reyes. Otros pasos bailan por calles oscuras la danza ramera del oficio prostibular. Un ritmo travesti que se vive la Pascua como laburo permanente. Una loca que se confunde con los faroles púrpura del pino pascual. Una guirnalda humana de tacos y peluca que esta noche rumbea las aceras buscando un ángel perdido, que le cambie su perfume barato por una pluma de oro en el escote. Un travesti que de niño le pusieron Jacinto y como Jacinta le gritaban los otros niños, se pasó las pascuas esperando la muñeca que nunca llegó. Pero él nunca quiso una muñeca, más bien él quería ser la muñeca Jacinta y tener el pelo platinado y largas pestañas de seda para mirarse en el espejo roto del baño. Contemplarse a escondidas con el vestido de la mamá y chancletear sus tacos altos, que le bailaban en sus "piececitos de niño" raro, de princesa de arrabal que la besó el príncipe y se convirtió en rana, araña peluda o cucaracha que nunca fue invitada al pesebre. Y tuvo que mirar de lejos el carnaval dorado del nacimiento.

Por eso las navidades de Jacinto no tuvieron noches buenas, a lo más patadas y escupos en su trasero maltrecho y una que otra caricia deslizada al azar, por la fetidez de algún ebrio solitario. Por eso a Jacinto la Pascua no le interesa y evita las arterias de la ciudad congestionadas por el apuro y los juguetes. En realidad, los juguetes nunca le llegaron. Las cartas al Polo rosa no tuvieron respuesta y tuvo que gatillar pistolas, golpear tambores y pelotas y esos soldados y tanques que le imponía el padre para amacharle las trenzas. Entonces comprendió que para los niños como él no existía una pascua coliza, ni juguetes emplumados, a lo más el penacho de indio sioux que se lo quitaron al pintarse los labios como vedette. Tampoco un viejo pascuero rosado que le llenara su fantasía de niño pobre.

Por eso se inventó un cuarto rey mago, que llegó meses después del nacimiento. Un rey mago cola que no venía por fe, sino más bien a la copucha del Mesías. Un visitante raro que no pudo ingresar a los aposentos de la Virgen porque "es un emisario de Sodoma", le dijo preocupado José a María. Y aunque los pastores solidarios con el enviado alegaron que si había sobrevivido al fuego y a la lluvia de brasas, además de pegarse la carreta cruzando carreteras y desiertos con tacos altos, tenía

derecho a presentar sus credenciales. Pero a pesar de esta defensa y los rebuznos del burro, la Virgen se asomó disgustada entre las persianas y dijo "pero cómo se atreve". Y cerró la cortina sobre el visitante, que esperaba en la reja bajo el cielo enchispado de Belén.

Y así el cuarto rey mago tuvo que regresar en micro con el regalo bajo el brazo, jurando nunca más asistir a una fiesta sin ser invitado.

Quizás esta noche que retumba en lluvia de fuegos artificiales sobre la ciudad, hace que la loca sin clientes se entretenga inventando historias para el aburrimiento. Acaso el duende perverso de la nostalgia le juega una mala pasada haciendo tambalear sus tacos, a punto de soltar una perla de llanto al volver a recorrer las navidades polvorientas de su población. Pero esta noche no está para dramas, por eso, arreglándose la peluca, saca una botella de la cartera y la empina en un sorbo que le retorna la fortaleza.

Más allá de la esquina, los autos patinan en chirridos nerviosos por llegar a bañarse y lucir almidonados en la foto familiar que se derrite en la cera sucia de sus velas. Más bien el cinismo plural que se adjunta a las chucherías que consumieron el aguinaldo. Toneladas de mugres japonesas destinadas al mercado del encanto, se arrumban en guirnaldas metálicas y ramas de pino que bordan las aceras. Desechos de la resaca navideña que recogerán los camiones de la basura. Pero aún queda algo de noche; por las ventanas aúllan los parlantes al pestañeo de los pinos y el ponche o cola de mono desraja en colitis los estómagos más débiles.

Un olor a vainilla y canela endulza el aire, cuando todavía el lucero de Belén titila como un ano de aluminio sobre la cordillera. Los cerros recortan sus lomos de camellos sobre las calles desiertas y a Jacinto la madrugada lo sorprende como una bujía agotada, sin haber conseguido ningún cliente. Por eso al primer chorro de luz se va a dormir plegando su cola de pavo real, y barre al cometa de la Navidad arrastrando el cielo a la vereda.

LAS LOCAS DEL VERANO LEOPARDO

Tal vez en alguna duna porosa aún esté fermentando el último polvo del verano pasado, el suspiro de la loca quebrándose en disimulo para el mochilero rezagado que partió rumbo a la city. Así rastros de oruga esparcidos de cúbito abdominal en el sobajeo de arenas calientes, sirven para reconstruir el litoral chileno y dar rienda suelta al carrete homosexual de este año.

Una caldera urbana revienta los índices del mercurio y derrama hacia la Estación Central y terminales de buses la erótica fogosa de las vacaciones. Enjambres de pendejos con shorts fosforescentes descuelgan su estética chillona arrumbando mochilas, frazadas y paquetes de marihuana movidos a última hora; cuando el pullman se detiene bufando para transar el pasaje más barato. Y si no resulta están las micros piratas que acarrean gente a mitad de precio y al grito de "a la costa, a la costa" se rebasan de guaguas, cocinillas y los canastos de doña Chela que siempre salva en la mediagua de Cartagena, la playa más popular donde siempre está todo pasando en la terraza, donde los artesas y comerciantes despliegan su negocio gitano al ritmo de Loco Mía o mi loca que salva grosso después de tres días comiendo caracoles de mar, cuando no queda ropa que mover, recogiendo colillas, pidiendo una moneda, un copete, lo que sea para sobrevivir de guata al sol en el grafito negruzco de las arenas proletarias.

Así, de loca a loco, de choros a machas y de fletos por carencia, no falta el ano ansioso que vitrineando el mariscal, lanza una ojeada al péndex mestizo que se deja acariciar los muslos descuerados por el ojo del ozono. El chico sabe que a esas alturas del verano lo único que le queda por transar es su verde sexo. Por eso pide un cigarro, seduce con el

manoseo del bolsillo, y se olvida de la polola cuando juntos entran a la pieza de mala muerte que el coliza arrienda con el sudor de rizos y permanentes.

Límites y bordes se encuentran en esta gimnasia solidaria, boqueando juntos en la sábana estampada de pulgas. Bajo la fonola del mismo cielo estremecido por los espolonazos de la pasión. Afuera la marea de risas y tómbolas hacen zumbar el verano calipso, mientras adentro el cuero sudado en perlas salinas retuerce en rebalse de cuajo los pliegues del esfínter velludo. Casi al mismo tiempo la ola gélida azota la enagua nylon plastificada al cuerpo de doña Chela. Pero los gritos del verano fucsia amortiguan el dolor anal y la cachetada fría del Pacífico. Después un billete arrugado y la mancha espumosa en el acantilado de la entrepierna van a sumarse al kitsch iridiscente que colorea la playa.

Así corre la cinta estival que sodomizando se aleja. Un paneo en barrido hacia el norte blanquea las arenas y pieles, limpiando de cáscaras de cebolla y huesos de pollo las doradas costas rubias. Como si al llegar al límite de Valparaíso se acumularan bajo la alfombra los desechos del sur en una sola ciudad, una urbe porteña que pinta de turismo el sarro de sus latas, la postal de "tabla sobre tabla, donde el hambre siempre estuvo". Y de ahí en adelante, el mar de muro a muro es la marina al óleo del Cerro Castillo que se mira lánguidamente con gafas Rayban, al mismo ritmo de Loco Mía, pero cantando en vivo en el coliseo de la Quinta Vergara. Cuatro locas españolas abanicando a los chicos de la galería a pestañazo limpio, como una nueva recolonización por el guiño, por el encandilamiento amanerado de la pose. Un flamenco rosa que relampaguea en los cinco millones de cuentas de vidrio pegadas al brocato de la pantalla. Encajes y bordados de la moda que tejen los modistos y estilistas que regresan año a año de Mallorca o Nueva York, en cuerpo presente o como animitas del sida. Vuelven hablando más fruncidas, con ese *tipical* acento de señoras *ingle-zas.* Regresan sólo a pasar las vacaciones, buscando la pequeña calentura que dejaron enterrada en la arena, bajo el cuerpo de un pescador siempre dispuesto a llenarles el recto con las gemas opacas de su semen mortificado. Quizás el friso asoleado de la homosexualidad chilena se aje en pequeñas fisuras, en delicadas arrugas que dividen el sol en realidades distintas y algunas doblemente castigadas por la carencia económica. Ciertamente que algunos fragmentos de este cuerpo se tostarán pálidos bajo la luz metálica del techo de zinc, ahorrando chauchas y deseos para adornar su aporreada vida con una noche de lujuria, apretadas a un príncipe mapuche con tatuaje fosforescente. Y quizás el amor.

Pero esta lengua de sal incomprendida varía de acuerdo a la latitud de sus posibilidades y pasiones. Algunas sacrificando bronceado por dignidad, placer por justicia y discoteca por manifiesto, se quemarán las pestañas políticas en un local de Santiago, reuniéndose misteriosas y sindicalistas como en los viejos tiempos. Otras más esotéricas, camufladas bajo el tul celeste del *new age,* treparán las cimas del Elqui alucinadas en

peyote, en busca de sí mismas y de algún hippie despistado que les desconche el pachulí en el arrebato místico de la volada. Las más viejas, jubiladas del trote gay, se conformarán con un paseo en guayabera y un chispazo de piel morena a través de los binoculares, quemando el último latido cardíaco en el letargo de la silla de lona. También se verán las Gatsby vaiveando la costanera, cargando best sellers y fetiches culturales, tomando el café cortado como sus trajes cremas y sombreros blancos. Demasiado pegadas a la fantasía negrera de fincas, mansiones y clubes *privé,* enjauladas en el ghetto de la nostalgia.

Quizás para completar este zoo será necesario pegarse un *dancing* en el aislamiento de los espejos, que multiplican pantalones pinzados y desprecios en la disco-fever. Aindiada locación del montaje yanqui que se traduce en un gordo negocio cebado con la grasa festiva del coliseo pop.

En fin, partes de una "loca geografía" que se articula cada verano con la temperatura que sofoca los deseos y fragiliza la memoria en el ondular de "las olas, el viento y el frío del mar". Así pareciera que un desate colectivo se despojara del ropaje de traumas ocultos, recalentando una sexualidad ventrílocua perdida en los juegos de infancia. Como un desborde libertario en estos meses de bagaje y ocio en que todo está permitido. Un paréntesis en desliz que borra la huella homosexuada en la última ola de febrero, dispersa en espuma de canción, que sigue salpicando el recuerdo cuando el motor del pullman inicia el regreso.

LAS AMAPOLAS TAMBIÉN TIENEN ESPINAS

(A Miguel Angel)

La ciudad en fin de semana transforma sus calles en flujos que rebasan la líbido, embriagando los cuerpos jóvenes con el deseo de turno; lo que sea, depende la hora, el money o el feroz aburrimiento que los hace invertir a veces la selva rizada de una doncella por el túnel mojado de la pasión ciudad-anal.

Quizás estas crispadas relaciones son el agravante que enluta las aceras donde yiran las locas en busca de un corazón imposible, vampireando la noche por callejones, bajo puentes y parques donde la oscuridad es una sábana negra que ahoga los suspiros. La loca es cómplice de la noche en su penumbra de sitio eriazo donde es fácil evacuar la calentura, la fiebre suelta de un sábado cuando los chicos lateados de las poblaciones emigran al centro, en busca de una boca chupona que más encima les tire unos pesos.

La loca sabe el fin de estas aventuras, presiente que el después deviene fatal, sobre todo esta noche cargada al reviente. Algo en el aire la previene, pero también la exita ese olor a ultraje que se mezcla con la música. Esas ganas de no se qué. Ay, esa comezón de perra en leva, esa histeria anal que no le permite sentarse. Ay, ese fragor, ay ese cosquilleo hemorroide que enciende el alcohol como una brasa errante que la empuja afuera callejuela y fugitiva.

Pareciera que el homosexual asume cierta valentía en esta capacidad infinita de riesgo, rinconeando la sombra en su serpentina de echar el guante al primer macho que le corresponda el guiño. Algo así como desafiar los roles y contaminar sus fronteras. Alterar la típica pareja gay y la hibridez de sus azahares, conquistarse uno de esos chicos duros que al primer trago dicen nunca, al segundo probablemente, y al tercero, sí hay un pito, se funden en la felpa del escampado.

Por eso la noche de la marica huele a sexo, algo incierto la hace deambular por calles mirando la fruta prohibida. Apenas un segundo que resbala el ojo coliza hiriendo la entrepierna, donde el jean es un oasis desteñido por el manoseo cierre eclair. Un visaje rápido batiendo las pestañas en el aleteo cómplice con el chico, que se mira esa parte preocupado, pensando que tiene el cierre abierto. Pero no es así, y sin embargo esa pupila aguja pincha ese lugar. Entonces el chico se da cuenta que esa parte suya vale oro para la loca que sigue caminando y disimulada gira la cabeza para mirarlo. Tres pasos más allá se detiene frente a una vitrina, esperando que el pendex se acerque para preguntarle de reojo: ¿En qué andas? Caminando. Caminemos. ¿Cómo te llamas?, da lo mismo, todos se llaman Claudio o Jaime cuando van junto a una loca que les promete algún panorama. A cambio el pendex se acomoda el bulto y se hace el simpático esperando que el destino sea un super departamento con mucho whisky, música y al final una buena paga. Pero debe contentarse con un cigarro barato y después de dar vueltas y vueltas buscando un rincón oscuro, recalan en el sitio abandonado, lleno de basuras y perros muertos, donde la loca suelta la tarántula por la mezclilla erecta del marrueco. Allí el pequeño hombrecito, arropado en el fuego de esos dedos, se entrega al balanceo genital de la marica ternera mamando, diciendo: Pónemelo un ratito, la puntita no más. ¿Querís? Y sin esperar respuesta se baja los pantalones y se lo enchufa sola, moviéndose, sudando en el ardor del empalme que gime: Ay que duele, no tan fuerte, es muy grande, despacito. Que te gusta, que te parto, cómetelo todo, que ya viene, que me

voy, no te movaí, que me fuí. Así, así calentito, el chico derrama su leche en el torniquete trasero, hasta la última gota espermea el quejido.

Sólo entonces la mira sin calentura, como si de un momento a otro la fragua del ensarte se congelara en un vaho sucio que nubla el baldío, la sábana nupcial donde la loca jadeando pide aún "otro poquito". Con los pantalones a medias canilla, ofrece su magnolia terciopela en el recuajo que la florece nocturna. Partido en dos su cielo rajo, calado y espeluznante, que venga el burro urgente a deshojar su margarita. Que vuelva a regar su flor homófaga goteando blondas en el aprieta y suelta pétalos babosos, su gineceo de trasnoche incuba semillas adolescentes. Las germina el ardor fecal de su trompa caníbal. Su amapola erizo que puja a tajo abierta aún descontenta. Vaciada por el saque, un espacio estelar la pena por dentro. La pena por el pene que arrugado se retira a guardarse en su forro. Como una avispa que ha succionado miel de esas mucosas y abandona la corola retornando el músculo a su fetidez de vaciadero. Pasado el festín, su cáliz vacío la rehueca post-parto. Iluminado por ausencia, el esfinter marchito es cita pupila ciega que parpadea entre las nalgas. Así fuera un desperdicio, una concha tuerta, una cuenca marisca, un molusco concheperla que perdió su joya en mitad de la fiesta. Y sólo le queda la huella de la perla, como un boquerón que irradia la memoria del nácar sobre la basura. Tal fulgor, contrasta con el haz tenue del farol que recorta en sombra la tula plegada del chico, el péndulo triste en esa lágrima postrera que amarilla el calzoncillo cuando huyendo toma la micro salpicado de sarngre. Preguntándose por qué lo hizo, por qué le vino ese asco con él mismo, esa hiel amarga en el tira y afloja con el reloj pulsera de la loca que le decía: Es un recuerdo de mi mamá, suplicando. La loca que chillaba corno un barraco cuando vio el filo de la punta, esa insignificante cortaplumas que él usaba para darse los brillos. Que jamás había cortado a nadie pero la loca gritaba tanto, se fue de escándalo y tuvo que ensartarla una y otra vez en el ojo, en la guata, en el costado, donde cayera para que se callara. Pero no caía ni se callaba nunca el maricón porfiado. Seguía gritando, como si las puntadas le dieran nuevos bríos para brincar a su marioneta que se baila la muerte. Que se chupa el puñal como un pene pidiendo más, "otra vez papito", la última que me muero. Como si el estoque fuera una picana eléctrica sus descargas cobraran la carne tensa, estirándola, mostrando nuevos lugares vírgenes para otra cuchillada. Sitios no vistos en la secuencia de poses y estertores de la loca teatrera en su agonía. Tratando de taparse la cara, descuidando la axila elástica que se raja en los tendones. Calada en el riñón la marica en pie hace de aguante, posando Monroe al flashazo de los cortes, quebrándose Marilyn a la navaja Polaroid que abre la gamuza del lomo modelado a tajos por la moda del destripe. La star top en su mejor desfile de vísceras frescas, recibiendo la hoja de plata como un trofeo. Casi humilde su pescuezo flechado se tuerce garbo para el aluminio que lo escabeche. Casi casual ataja el metal como si fuera una coincidencia, un leve rasguño, un punto en la media, una rasgadura del atuendo Cristián Dior que en

púrpura la estila. La marica maniquí luciendo el look siempre viva en la pasarela del charco, burlesca en el muac de besos que troca por una destellada, irónica en el gesto cinematográfico ofrece sus labios machucados al puño que los clausura. Otra vez endurecido, el pantalón del chico es un dedo que la apunta y despunta alfileteada en los claveles lacres que le brotan en el pecho. Guiñapo de loca que resiste amanerado llevando al extremo la templanza del macho. Conteniendo el vómito de copihues lo coquetea, lasciva al ruedo lo desafía. La noche del erial es entonces raso de lid, pañoleta de un coliseo que en vuelo flamenco la escarlata. Espumas rojas de maricón que lo andaluzan flameando en el tajo. Torero topacio es el chico poblador que lo parte, lo azucena en la pana hirviendo, trozada Macarena. Atavío de hemorragia la maja cola menstrua el ruedo, herida de muerte muge gorgojos y carmines pidiendo tregua, suplicando un impás, un intermedio para retomar borracha la punzada que la danza. Pero el nene nuevamente erecto, sigue desguazando la charcha gardenia de la carne. Un velo turbio lo encabrita por linchar al maricón hasta el infinito. Por todos lados, por el culo, por los fracasos, por los pacos y sus patadas, por cada escupo devolver un beso sangriento diciendo con los dientes apretados: ¿No queríai otro poquito?

En la mañana las excedencias corporales imprimen la noticia. El suceso no levanta polvo porque un juicio moral avala estas prácticas. Sustenta el ensañamiento en el titular del diario que lo vocea como un castigo merecido: "Murió en su ley", "El que la busca la encuentra", "Lo mataron por atrás" y otros tantos clichés con que la homofobia de la prensa amarilla acentúa las puñaladas.

El tema rezuma muchas lecturas y causas que siguen girando fatídicas en torno al deambular de las locas por ciertos lugares. Sitios baldíos que la urbe va desmantelando para instalar nuevas construcciones en los rescoldos del crimen. Teatros lúgubres donde la violencia contra homosexuales excede la simple riña, la venganza o el robo. Carnicerías del resentimiento social que se cobran en el pellejo más débil, el más expuesto. El corazón gitano de las locas que buscan una gota de placer en las espinas de un rosal prohibido.